

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras

POR EL

ILTMO. SR. CONDE DE APONTE

Académico Electo

Y POR EL

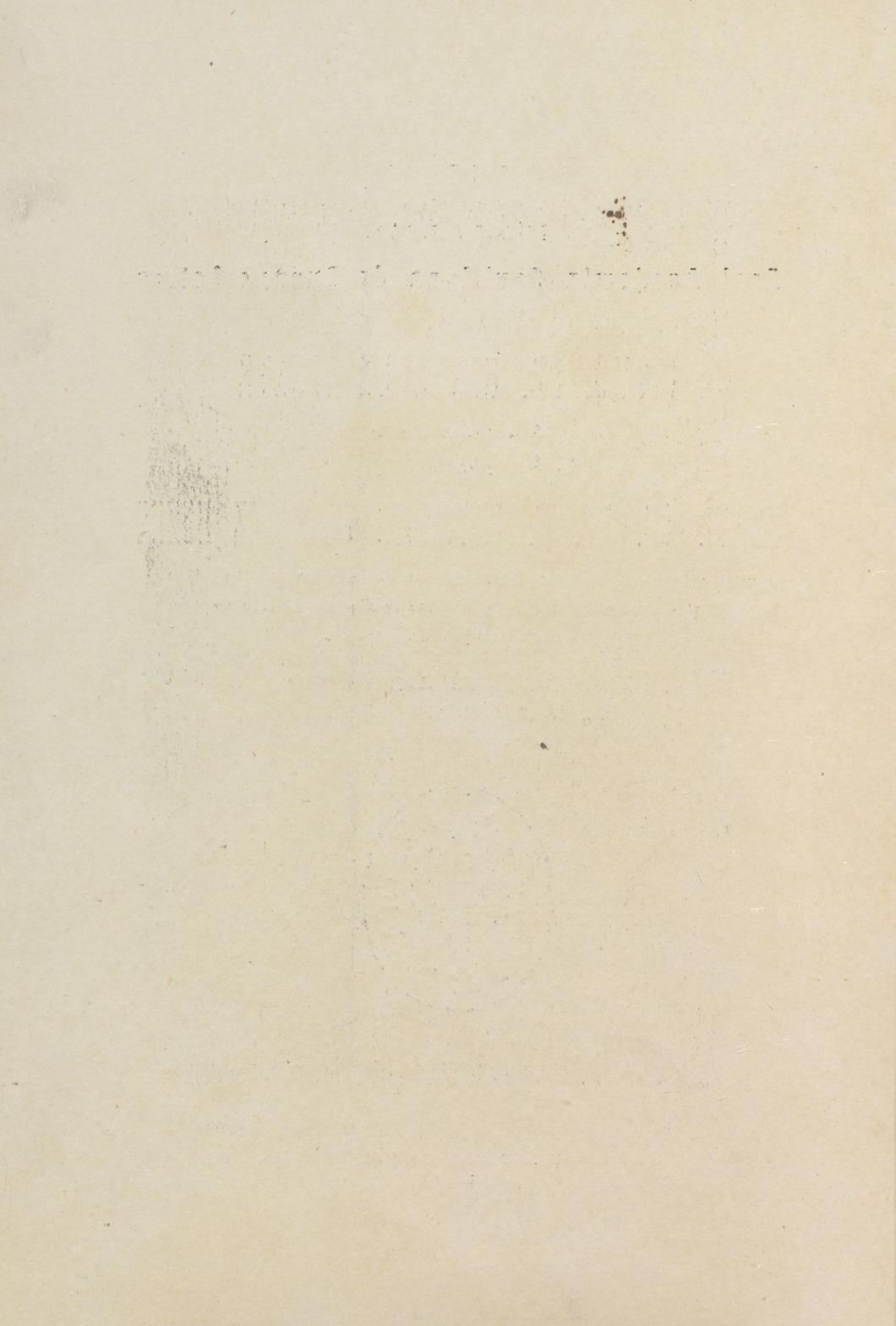
ILTMO. SR. DR. D. FRANCISCO BLAZQUEZ BORES

Académico Preeminente de la misma  
y de número de la Real Academia de Medicina  
de Sevilla

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL PRIMERO  
EL DÍA 17 DE OCTUBRE DE 1943



SEVILLA  
TIP. HIJOS DE A. PADURA  
1947



DB  
4  
788/18

R. 43342 1  
AV  
49010



Ilmo. Sr. D. Salvador Caamuñas y Aponte, Conde de Aponte  
fallecido en Sevilla el 4 de Noviembre de 1945



**LA BIBLIOTECA PRIVADA**

LA BIBLIOTECA PRIVADA

22 cms.

R.43341



# LA BIBLIOTECA PRIVADA

DISCURSO DE INGRESO

EN LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

POR EL

ACADÉMICO ELECTO

Ilmo. Sr. Conde de Aponte

§

JUAN A. PUERTO REYNA  
PROCURADOR  
de la Real Audiencia y Juzgado  
de Sevilla

SEVILLA  
IMP. HIJOS DE A. PADURA

1947



Excelentísimos Señores. Señores Académicos. Señoras y Señores:

Ante todo, Señores Académicos, mil gracias, de nuevo, por la benevolencia con que me habéis otorgado un puesto entre vosotros: confiado en ella, espero me escucharéis con paciencia, puesto que a falta de otros méritos, he de procurar tener, en lo posible, el de la brevedad.

Ya sé que en estos casos, es de rigor, hablar el que llega, de sí mismo y de la persona a quien viene a sustituir. En cuanto a mí, os ruego me dispenséis de un doloroso examen de conciencia literaria. Un gran poeta dijo, que sólo aspiraba a que después de su muerte se dijese de él: «...leyó para entretenerse y escribió para divertirse». Palabras que pueden servirnos de consuelo a muchos (más curiosos que estudiosos), y, que afortunadamente para las letras españolas, no pasaron de ser una HUMORADA más entre las muchas que nos legó su autor. Mas en lo que toca a mi antecesor, fuerza es dedicarle un recuerdo cariñoso, que no ha de ser fórmula obligada de cortesía, sino tributo de justicia, en honor del ilustre Académico, del buen amigo, del sacerdote ejemplar, del sabio profesor y de la Dignidad dignísima... Extenderme en enumerar los méritos del Ilustrísimo Señor Doctor Don Jerónimo Armario y Rosado; los altos cargos que desempeñó con tanto celo e inteligencia; su varia intervención en la

vida sevillana; sus brillantes estudios; sus obras científicas; sus honores y virtudes; sería repetir lo conocido de todos. Afable hasta en la severidad, hacíase asequible a todas las demandas e impertinencias, para no desmentir aquella acogedora sonrisa, estereotipada en el semblante, reflejo fidelísimo de la bondad de su alma. Así pudo granjearse la amistad de cuantos lo trataron; esa amistad sin precio, tantas veces prodigada en los dichos, tan pocas probada con hechos, y frágil y quebradiza como cristal sin temple. Supo ser buen amigo, tenerlos en vida y dejarlos a su muerte: ¡ya es algo!

Mi última larga entrevista con Don Jerónimo Armario y Rosado, fue a cuenta de un libro. Y ese recuerdo; y el de su amistad, han contribuido, entre varias razones, a la elección del tema de esta charla.

¡La Amistad y el Libro! dos palabras hermanas; dos poemas. Del amigo libro, pues, quiero ocuparme, por ser lo único, lo que verdaderamente me liga a vosotros... Vosotros lo concebís, lo escribís y lo publicáis para honor y acrecentamiento del tesoro espiritual de nuestra patria. Yo, humildemente, me he limitado a darle afectuosa hospitalidad, con la constancia —eso sí—, y desde niño, de un pobre aficionado y de un aficionado pobre. Confieso haber sentido no pocas veces, la tentación de imitaros; pero un ángel, que no es el que evita, a tiempo, los sacrificios, sino el de la Prudencia, que los aconseja, me hizo arrojar muchos apuntes y ensayos en el cesto de los papeles, o confinarlo en ese archivo secreto, que tanto ocultamos, y cuyo privilegio de visita sólo concedemos a la humedad o la polilla, o, por falta de previsión, a herederos y albaceas, para su sorpresa y regocijo.

Es el Libro tema inagotable, inspirador de bellezas sin cuento. Espigando entre las españolas, ¿quién no recuerda

las varias ocasiones en que un glorioso octogenario, honor de esta Academia y de la que presidió, puso a contribución su talento, su saber y las galas de su pluma para ensalzar el LIBRO? ¿Qué español que se precie de haber leído, desconoce aquellas páginas sublimes en las que un aristócrata de la sangre y de la oratoria, cantó con estro insuperable «El Libro por excelencia»? La dignidad del Libro es tan grande, que basta considerar quienes forman entre sus amigos, la catadura de los que fingen serlo, y la fauna pintoresca de los que no lo son.

Un libro, si bien miramos, es nuestra vida, compuesta de páginas claras, indescifrables, santas, insulsas o deplorables; y, para que nada le falte, hasta con su inevitable fe de erratas... ¡Cada hombre es un libro cerrado, y misterioso casi siempre, para el mismo que lo va escribiendo, y, sin embargo, clarísimo para la voluble insensatez del prójimo, más amigo de deletrear en el ajeno que de estudiarse y examinarse en el propio. Libro sellado es la Muerte, del que no conocemos sino la palidez de su cubierta; dos de ellos jalonan nuestra carrera sobre la tierra, el silabario y la recomendación del alma; a un libro se ha comparado el Mundo, que contiene muchas frases, escritas en líneas polícromas, tocante a la Providencia de Dios para nosotros; y dos han de decidir de nuestra suerte eterna; el que para regla de nuestra conducta, y en páginas de piedra, se editó entre relámpagos en el Sinaí, y el que, al dictado de nuestra conducta, para ser juzgados, al fin de la vida, redacta un ángel en el cielo...! ¿Y cuál es la obra del hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, que sintiéndose, como Él, creador, se le asemeja más y mejor que el libro?

Ciertamente, el hijo de la carne lleva la carne, la sangre, los humores y los rasgos inconfundibles que delatan

a su progenitor. Pero, aunque raras veces pierda el aire de familia, le llegará el día en que se declare independiente, levante el vuelo, y reclame su libertad, ese don divino contra el que habrán de estrellarse los prestigios de la paternidad, y cuyos fueros respeta el mismo Dios, que los otorga... Mas tiene el hombre otro hijo, y es el LIBRO que escribe, que en lo sumiso y fiel, aventaja al de carne y hueso... A éste, raras veces se le ama ni desea antes de nacer; no pocas aterra su llegada, y hasta llega a estorbarse, criminalmente, su nacimiento.

Al LIBRO, por lo contrario, se le engendra con trabajoso cariño; se le cría con amor; se le ama antes de nacer; se le buscan de padrinos, Mecenas, prologuistas, dibujantes y editores de empuje; se le bautiza con el nombre de nuestro gusto, sin compromisos de parientes o amigos, y se celebra su nacimiento. Jamás hace traición al espíritu que se le infunde; habla la lengua que se le enseña; carece de libertad para variar la condición de que le dotaron; y la gloria o ignominia que proporcione a su autor, será, tarde o temprano, la que su autor se haya merecido. Y, acaso por ser mejor, nace con el signo de más infortunado, porque, mayor de edad desde que ve la luz, no sólo no cuenta con el cálido regazo que lo defienda, como el otro, sino que, destinado a ensañamiento de críticos y voracidad de curiosos, se le entrega al primer *pagano* que lo solicite, para divertirlos, y a las fieras, para devorarlos, se arrojaba a los mejores a las arenas del circo...

\* \* \*

Un gran orador católico ha dicho elocuentemente:  
«A la manera que Dios engendra eternamente su Verbo

y de su mutua contemplación brota el divino amor que lo inflama... así el hombre engendra su verbo en las profundidades de su mente...»; y agrega que «Como de Dios, se puede decir del hombre: DIXIT ET FACTA SUNT; que no en vano fue el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios; pues, si Dios, con su solo Verbo, creó el universo de los seres; el hombre, con su palabra, ha creado un universo de ideas, de sentimientos y determinaciones». Un teólogo habla de la realidad de «la analogía entre el Verbo Divino y el verbo humano»; y el gran orador de la Tradición encumbra y sublima la palabra; hasta el extremo, de que al hablar de la Eucaristía la compara con aquélla, porque como ella, va a todos, íntegra, y todos la reciben.

Falsa o verdadera, su poder es asombroso, sobre todo, cuando se engalana con los recursos del arte. Transforma e inmortaliza todo. Al zafio, al loco, al vividor y al hipócrita, los convierte en Sancho, D. Quijote, Crispín o Tartufo; y hasta al Príncipe de las Tinieblas sabe hacerle recobrar destellos del primitivo Luzbel, si es un Milton quien lo canta. Y si la fuerza de la palabra es tan grande, que, aun omitida a tiempo es elocuente, puesto que hay silencios que valen por todo un discurso, ¿en qué estima no ha de tenérsela cuando la escritura la recoge y nos la guarda y atesora en los libros? Y, si la dignidad del libro es tan grande, ¿en qué estima ha de tenerse la colección de ellos? Por algo es ella botín de vencedores y blanco de salvajes. Por algo se enorgullecen de su número y riqueza las naciones; y no se concibe Palacio Real ni de potentado que no la posea; y, por algo, incluso los que las improvisan, gustan y saben más del papel rayado que del escrito, de las letras de cambio que de las otras, y no valoran la sal y pimienta sino por sacos, destinan por lujo y mime-

tismo, un ALMACEN a libros, adquiridos con frecuencia, de golpe, y al peso... y para no leerlos jamás.

Tampoco hay entidad que medianamente se estime, que no la improvise; y hasta esos círculos de recreo, no creados ciertamente para el estudio, sino para la lícita expansión y el necesario descanso, no se consideran dignamente instalados, sin un decoroso albergue de papel impreso, aunque resulte, como es lógico, un exótico rincón, y, más que el refugio de un oasis en el desierto, un abrigo desierto en medio del poblado...

\* \* \*

Entre las novedades ruidosas, ninguna destaca tan simpática como la referente al libro y a su fiesta, pero falta, a nuestro parecer, la debida divulgación de los valores y encantos que puede ofrecernos la BIBLIOTECA PRIVADA, la nuestra, la recóndita, la hogareña, cuyas bellezas, sólo puede disputarnos el ladrón, el fuego o la ceguera; la Tebaida, modesta o suntuosa, de nuestro hogar, y cuyo poema, que sepamos, no se ha hecho cumplidamente todavía. No es que yo pretenda escribirlo: ¡ojalá pudiera..! Pero, como debo muchas horas felices a ese refugio bendito, y es el único lazo que ha podido unirme a esta Real Academia, voy a permitirme a fuer de agradecido, el fantasear sobre él, glosando palabras de sus encomiadores y analizando cuanto vale y representa en nuestra vida.

\* \* \*

A un ilustre bibliófilo sevillano, que supo honrar, con su conducta, la nobleza de sus apellidos y el cargo que desempeñó, escuché en cierta ocasión, este consejo inolvidable: «Tienda a coleccionar de todo cuanto caiga en sus

manos, mientras no sea indigno, estúpido o pecaminoso, aunque nada le suponga, pero siempre que valga algo para usted o para otros. Porque cualquier insignificancia puede ser objeto de un cambio ventajoso, de una venta o de un donativo capaz de hacer feliz a otro coleccionista.» El acierto y la sinceridad de estas palabras, de quien se llamó D. José María de Valdenebro y Cisneros, tuve la ocasión de comprobarlos en muchas ocasiones, y la biblioteca de nuestra Universidad no me dejará mentir, pues fué de ella dignísimo Jefe, inteligentísimo conecedor y generosísimo donante.

Se colecciona de todo, desde las más insignificantes bagatelas, hasta lo más valioso, y es digno de observarse que no es siempre lo necio y lo inútil, atractivo de simples, y lo valioso, imán de inteligentes, sino que abundan casos de lo contrario; y, así vemos, a incurables analfabetos convertidos en acaparadores de objetos de arte, que no entienden, de libros buenos, que no leen, y a un prócer de las letras, por ejemplo, convertido en extravagante coleccionista de cosas que hacen reír.

Recuerdo haber visto en un museo de Italia, algo tan insignificante que me inspiró curiosidad. Me dijeron (verdad o mentira) que se trataba de la entrada o contraseña de las funciones del Circo... Desde entonces, me reconcilié, incluso con los inefables acaparadores de capicúas y comprendí que la monomanía coleccionista fuera digna tanto de la seria atención de Descuret en su «Medicina de las pasiones», como del humorismo de Mark Twain, el creador ocurrente del acaparador de... ¡ecos!

Pero concretémonos a la que puede y debe llamarse REINA DE LAS COLECCIONES, por el valor espiritual e imperecedero de su contenido, superior a toda otra, estar, en mayor o menor grado, al alcance de todo el

mundo, y por lo inagotable y creciente de su materia, cual es la COLECCIÓN DE LIBROS...

A ella, señores, voy a referirme (teniendo muy en cuenta el carácter literario de esta Corporación), y considerándola, tal y como yo concibo el ideal de la propia; esto es; EL CONJUNTO, EN LO POSIBLE, DE LO MÁS Y MEJOR DEL GUSTO Y LA PROFESIÓN DE SU DUEÑO, QUE TENGA DE TODO UN POCO, Y SE AUMENTE CADA DÍA...

DE TODO UN POCO; sí: porque, aunque se recomiendan pocos y buenos libros, y, tan donosamente, se ha dicho:

«.....»  
*Que lo importante y raro  
 No es entender de mucho,  
 Sino saber de algo...».*

de sobra sabemos lo que significa el poder echar mano del libro que nos ilustre sobre cualquier materia, singularmente, en esas horas de lima y corrección, y en esos instantes, inesperados, de actividad e inspiración fugaz, que tan súbitamente brillan, como rápidamente se desvanecen.

No cabe argüir que la variedad de materias forma a esos hombres, de quienes se ha afirmado graciosamente «que saben mal todas las cosas...» No, el peligro no radica en los libros: la pedantería es mal subjetivo; el pedante se hace solo.

\* \* \*

La supremacía de LA COLECCIÓN DE LIBROS, sobre todas las demás, cabe demostrarlo por muchas y variadas razones. Su excepcional importancia la comprue-

ban de común acuerdo el diccionario y el buen humor. El aficionado a la ARQUEOLOGÍA no pasa de ARQUEÓLOGO; el de sellos, de CAPSOFÍLICO; el de monedas, de NUMISMÁTICO;... Pero el aficionado a libros, aparte del nombre genérico de BIBLIÓFILO, ha merecido muchísimo más, en atención a la pintoresca y variadísima colección de sus especies... Entre ellas figura, en primer lugar, el BIBLIÓMANO, «caso patológico del bibliófilo», en frase de un librero. Existe el BIBLIÓLATA, limitado al modesto papel de TENEDOR DE LIBROS, que los almacena, pero digno de agradecimiento de los chiflados del ramo, porque si en su HABER no ha de apuntarse gruesas partidas de gloria, en su DEBE se le adeuda todo el reconocimiento de los amadores del LIBRO, por cuanto lo salva de sus más vulgares enemigos: la fábrica de papel, el mostrador y la alcantarilla.

Igualmente merece benevolencia el BIBLIÓTAFO, sepulturero de libros, flor de egoísmo, y tan celoso sultán de sus amores, que a nadie permite ni siquiera contemplarlos. No merece execración, sino egoísta y paciente benevolencia, pues de él puede decirse lo que un Santo del avaro: «Es como el animal inundo: da fruto sabroso, pero sólo después de muerto».

No debemos olvidar al BIBLIOPIRATA (por lo que tiene de evocación literaria), inmortalizado en aquel crudísimo soneto, lanzado por un virulento literato a otro más virulento todavía. Y entre la caterva de los que pudiéramos llamar BIBLIOBÁRBAROS ¿cuáles escoger? Difícil es la elección, por haberlos de toda pinta; los que heredan el tesoro que les estorba; los que lo abandonan; los que lo destruyen; los que los dispersan; y los que lo cambian por el consabido plato de lentejas...

El Conde de Gimeno, en su deliciosa «PATOLOGÍA

DEL LIBRO», al ocuparse de la humedad y la polilla, se olvidó del hombre. Puesto que hay quien dice que «un libro, después de leído ¿para qué sirve?»; y quien sostiene que aún puede utilizársele para encender el fogón, apagar la luz, acuñar un mueble, o colgarlo. Yo he conocido a un moralista tan escrupuloso, que aseguraba hacerse cargo de conciencia el gastarse el dinero en una librería; y, queremos suponer, que en broma, hay quien dice, soñar con ver arder su biblioteca antes que verla caer, a su muerte, en manos extrañas...

No es digno de llamarse *lector* el que se contenta con leer de prestado; y, menos el suscriptor de una librería circulante. Quien ama la lectura, y de rechazo el libro, lo ambiciona, lo busca, lo persigue, lo guarda, lo cuida, lo defiende y hasta lo roba; pero nunca dice ¡basta!, por muchos que posea... Ni tampoco se contenta con usufructuarlo, CORAM POPULO, durante las *horas hábiles*, en el recinto de una biblioteca pública, que, por ser casa de todos, no puede ser hogar de nadie, y donde se permanece cohibido, entre testigos extraños o ineducados, entre ellos, el «amable conversador» registrado por Faguet, y sobre los que no tenemos autoridad para mandarlos callar, ni para echarlos a la calle.

A la biblioteca pública cabe compararla con el magnífico palacio de que somos huéspedes, y con el espléndido hotel donde pueden disfrutarse, temporalmente, refinamientos y lujos desacostumbrados; pero donde se está de paso, todo es ajeno y donde se vive, también, en compañía, que, como proporcionada por el azar, ni se escoge ni siempre es escogida.

Tan sólo en la nuestra, en la propia, rica o pobre, pero a gusto y discretamente formada, pueden evitarse todos esos inconvenientes de la pública, y disfrutarse de sus mu-

chas ventajas, aún careciendo de las mayores riquezas de aquélla. Por eso vamos a espigar lo más selecto que se ha dicho de los recursos, valores y significados que nos ofrece su amable refugio, donde disfrutamos a nuestras anchas del ambiente de intimidad, calor y libertad completa. Así ha podido afirmarse que «es un grave error creer que se aprende lo mismo en libros que son nuestros que en los que se nos prestan», y que «una obra no da todo el provecho que debe dar, si no es propia»; agregarse «que es inmensa la influencia educativa que una biblioteca tiene en los niños» y que «el destino de nuestros hombres ha dependido mil veces de que hubiera o no una biblioteca en su casa». Por ello, Palacio Valdés, en sus postrimerías literarias, nos ha legado estas líneas que trascienden a espliego, y de un sabor verdaderamente hogareño: «Vivir tranquilo, leer mucho, escribir de vez en cuando lo que cruzaba por mi imaginación; tales han sido mis aspiraciones durante casi toda mi vida... La mayor parte de los disgustos que he experimentado en la vida, han procedido de que alguna vez me he puesto las botas en vez de las zapatillas».

Todavía otro autor llega a más: «Mi familia —dice— son mis libros, y mi hogar, mi biblioteca»...

Es la privada, fuente inagotable de recreos y sugerencias. Su creación, herencia, incremento, cuidado y desaparición, ofrecen temas por demás sugestivos y un copioso anecdotario.

Curiosísimo sería investigar el nacimiento de muchas colecciones particulares, formadas con los núcleos de otras, o creadas por sus dueños. El bibliófilo nace y se hace. De Cavour sabemos (bajo la responsabilidad de un biógrafo) y, para descargo del político funesto, que enemigo de letras en un principio, terminó por ser inteligente y eru-

dito bibliófilo. Fué, de los que se hacen... Cierta niño, ansioso de tener libros como su padre, y no satisfecho con encuadernar, a su modo, hojitas de almanaque y recortes de periódicos, partió la Geografía de Paluzie en tres secciones (Astronómica, Física y Política), para forjarse la ilusión de que un libro podía convertirse en tres.. Ya viejo, y poseedor de miles de ejemplares, recordaba esto, y decía: «...¡luego he visto, con dolor, y muchas veces, que de tres o más, apenas si hay materia para hacer uno...!». Este era de los que nacen. Y unos y otros perseveran, concedores ya de los gratos desvelos y los honrados goces que su pasión les proporciona constantemente, por cuanto el objeto de sus amores florece todos los días, y cuando menos esperan, descubren un tesoro. Tan sólo los bibliófilos conocen lo que seduce, la busca y rebusca, sin descanso, en ferias, almonedas y baratillos, principalmente, en esa Meca del aficionado, LA LIBRERÍA DE VIEJO (tan justamente ensalzada por un veterano de su explotación), verdadera mina a flor de tierra, nunca exhausta, donde puede decirse que vamos tanto tras del filón como de la *ganga*; Lonja, centro de amenísimas tertulias, algunas de las cuales han pasado a la Historia, y, que ha merecido (precisamente en una comedia titulada «LA LIBRERÍA») estas palabras, dignas de su autor: «Lugar amenísimo, y de concurrencias propias de las pocas personas que hay eruditas y sabias, y donde se descubren nidos insospechados y misterios de la compra y venta, y donde se oyen las más peregrinas ocurrencias». Solamente el

### CUIDADO Y ORDENAMIENTO

de los ejemplares, cuyo trasiego (por gusto, por estética, para rellenar vacíos o para estrecharse), constituye una

labor constante y un recreo para su dueño. Hable por todos, aquel pobre militar, a quien el histerismo de su mujer le obligaba, a menudo, a cambiar de domicilio, y, que en agridulce confidencia, manifestaba a un amigo: «A pesar del dinero que me cuesta variar de casa, lo doy por bien empleado, por el gusto que me proporciona volver a ordenar mis libros, unas veces por materias, otras por lo vistosos, y otras, por razones de tamaño, tallándolos como a quintos de reemplazo».

¿Y la *clasificación*?

## LA CLASIFICACIÓN

es recurso, deber, entretenimiento y una labor inacabable. La clasificación rigurosamente científica no parece haberse encontrado todavía. De doscientas pasan (según afirma un erudito), y ello prueba que el problema es difícil de resolver.

Constituye un placer y una necesidad desde que se reúnen los primeros ejemplares. Don Enrique Menéndez y Pelayo, hablando de su hermano Don Marcelino, dice: «Yo creo que en cuanto poseyó un Catecismo del Padre Astete, dos libros de cuentos infantiles, y tres pliegos de aleluyas, echó los cimientos de su librería, distribuyéndola, por el momento, en las tres secciones de, OBRAS ECLESIASTICAS, OBRAS DE VAGA Y AMENA LITERATURA y PLIEGOS SUELTOS». Así se adiestra y se *recreaba* desde niño aquel insigne polígrafo que, apenas salido de la niñez, llegó a ser gigante por sus conocimientos.

Adáptase la clasificación a todos los gustos. Se presta, incluso al humorismo. Cierta coleccionista de Baracaldo (con más vena de andaluz que de norteño) distribuyó sus

libros en ocho grupos: Libros Sagrados.-Gramática y Diccionarios.- Libros de estudio y libros de entretenimiento.-Ciencias.-Filosofía, Historia y Poesía.-Novela. 7.º Libros para hacer reir.-8.º Libros para reirme yo de ellos.

El campo es libre, porque, hasta la llamada CLASIFICACIÓN DECIMAL, con ser la mejor de todas (y, por decirlo así, la más elástica), ofrece lagunas y obstáculos infranqueables. Habría que preguntar a Mr. Dewey dónde se colocan con rigor científico, «El Arte del cortar del Cuchillo» del Marqués de Villena; el de «Torear» de Pepe Hillo; el de «Ganar siempre a la Lotería» y las deliciosas producciones de Angel Muro, tan digno de encasillarse entre los literatos como entre los cocineros.

Y tras la clasificación, se impone

## EL CATÁLOGO

Mejor diríamos, que se impone el deber de catalogar. Quien cataloga sus libros, no solo facilita su estudio y manejo, sino que los avalora, y, en caso de que desaparezcan o se dispersen, deja memoria impercedora de ellos. Se ha dicho que «buscar un libro en una biblioteca que carezca de catálogo por materias, es como ir de cacería a la selva virgen», y que «ellos son las llaves de las bibliotecas y el instrumento adecuado de acceso al libro». Prestan, en verdad, un servicio inapreciable a la bibliografía, no solo aquellos de las colecciones existentes, sino los pertenecientes a las ya desaparecidas. Estos últimos han llegado a adquirir tal prestigio, que, respecto del de cierta riquísima biblioteca sevillana (la del difunto Marqués de Jerez de los Caballeros) ha podido afirmarse que

ha adquirido ya un valor y rareza tan grandes, como el valor y rarezas de las preciosidades que registra.

La redacción de papeletas de volúmenes y legajos, y la de artículos (obra ésta de pacientes benedictinos), constituye un verdadero empadronamiento de cada Sujeto, una labor deliciosa, para el iniciado, y es susceptible de mil variantes, según los diferentes gustos y sistemas.

No debemos omitir entre los verdaderos goces que la librería puede proporcionar a su poseedor, el de

### LA ENCUADERNACIÓN

Enfrentándose con los que abominan de ella, como D. Vicente Colorado, en un artículo menos sólido que curioso, se encuentran los coleccionistas de ENCUADERNACIONES y los que encuadernan sus propios libros. Vindel, en una de sus interesantísimas obras, les dedica una honrosa mención. A D. Angel Barcia, el benemérito sacerdote, primera autoridad en su tiempo en estampas y grabados, pintor, literato, viajero y autor del más ameno viaje a Tierra Santa que se ha escrito modernamente en castellano, le sobraba tiempo para ser, también, encuadernador. El remendar, completar, limpiar, alisar y coser folios y pliegos, además de ser un utilísimo entretenimiento, constituye lo que pudiéramos llamar, una obra de misericordia librera: la de vestir al desnudo; y sin desdoro, que en cuatro ocasiones, como alguien piensa, puede el hombre enhebrar la aguja, dignamente: en la sastrería, en la fábrica de tapices, en cirugía y para bien de sus libros.

Y, por último; uno de los mayores placeres de que es fuente la biblioteca propia, y de los más nobles, es el que podemos equiparar al de la limosna, que más mérito y goce proporciona a quien la otorga que al que la recibe;

y al del anfitrión, cuando sienta a su mesa a sus mejores amigos y colegas. Porque todos conocemos la honda satisfacción que nos produce, el poder facilitar un dato, una noticia, un libro y un albergue donde consultarlos, y sentirnos, de paso, indirectos colaboradores en las obras de los demás. Y, si cada libro bueno es un maestro y un manjar, y, en ocasiones, hasta un director de conciencia, ¿cual no será la satisfacción de quien pueda sentirse proveedor y dispensador de todo ello? Sintiéndonos misericordiosos con nuestros préstamos, podemos corregruir al que yerra, consolar al triste, dar buen consejo al que lo ha de menester, enseñar al que no sabe, y al que, sabiendo mucho, desea saber más, y dar posada... y, al darla, sufrir con paciencia, y frecuencia, las flaquezas de nuestros queridos huéspedes...

Nada tan edificante, en este punto, como lo que el P. Zacarías Villada nos refiere de la donación de S. Genadio: «...a varios conventos ordena que los libros no se consideren como propios de nadie, sino que sean comunes a todos los hermanos; y se los cambiaban entre sí. No sólo entre los conventos, sino entre otras personas.» «Todos los días por la mañana, como prescribía ya San Isidoro en el siglo VII, recibía cada monje el códice que había de leer durante el día, con la obligación de devolverlo por la noche. El mismo San Isidoro mandaba, que al que maltratase un códice, se le castigase con tres días de excomunión, es decir, de separación de la comunidad.» Y agrega, «que al propio Rey D. Alonso el Sabio, se le prestó una Crónica de Silos; y que existen dos recibos del mismo Rey, por préstamo de cuatro códices del monasterio de Albel-da, y de quince del de Nájera...»

¡Así, señores, se ejerce el deber de caridad, y se vela, al mismo tiempo, por el derecho de propiedad!

Por todo esto, y mucho más, ha sido la biblioteca propia objeto de las mayores alabanzas y fantasías, y ha podido equiparársela a JARDÍN, TESORO, HOGAR, RETRATO, MUSEO, TALLER, FARMACIA, SOCIEDAD y TEMPLO...

### JARDÍN

Un meritísimo jesuita (y perdonadme la redundancia), en su obra más famosa, y acaso la más repleta de agudezas y donaires, de nuestra literatura, se expresa así: «... ¿Qué jardín del Abril, qué Aranjuez del Mayo, como una librería selecta? ¿Qué convite más delicioso para el gusto de un discreto, como un culto museo, donde se recrea el entendimiento, se enriquece la memoria, se alimenta la voluntad, se dilata el corazón, y el espíritu se satisface? No hay lisonja, no hay fullería para un ingenio, como un libro nuevo cada día... ¡Oh, qué gran gusto el de leer! Poco vale la riqueza sin la sabiduría y de ordinario andan reñidas.»

«Aquel —dice el autor de «La dicha de vivir»— que traiga la llave de oro que abre la puerta silenciosa de la biblioteca, podrá hallar en ella ánimos y consuelos, descanso y bienestar. Transformaremos, pues, si usamos de ella bien, una biblioteca en verdadero paraíso terrenal, jardín, Edén, y, aun, sin reservas, porque todo nos es concedido, incluso, principalmente, el fruto del árbol de la ciencia; por el cual, nuestra primera madre sacrificó los placeres del paraíso»... Y es además

### TESORO

Tesoro y de los privilegiados, pues, con no dejarlo perder, es de los que por sí solos acrecientan su valor, sin

necesidad de renovarlo. Porque las provisiones de la despensa se consumen o se pudren; las reservas del arca se gastan; el cuerpo enflaquece y el alma se desanima y se cansa... Pero los libros, ¡los amados libros!, por mucho que les exijamos, por mucho que nos permitan disfrutar y aun abusar de sus bellezas, siempre nos las brindan íntegras, y, siempre, al revés de las femeninas (más seductoras, sin duda, pero más fugaces), nos las ofrecen mayores cada día; aunque sus páginas empalidezcan porque, en ellas, el amarillo no es el «amarillo jaramago» flor de ruinas, sino el noble matiz que acrece el valor de los pergaminos, y dulcifica los colores con pátina de oro...; que el tiempo, más benévolo con los libros que con los hombres, hace desmerecer a éstos convirtiéndolos en viejos, y avalorar a aquéllos haciéndolos antiguos.

Pero, tiene nuestra amable colección otro carácter, y es, el ser respecto de su dueño el más valioso documento para escribirle su biografía, y ser su mejor retrato, por la sencilla razón de que se lo hace él mismo, y con la mayor imparcialidad, al no darse cuenta de que se lo hace.

Y es que nuestra biblioteca nos revela tal y como somos; ella nos traza nuestro insuperable y dignísimo

### AUTO-RETRATO

Puede asegurarse que el hombre se dibuja en su librería, así como la mujer se pinta en su alcoba. Tocante a ella, necesitaríamos para confirmarlo de la complicidad, prestigios y compañía de un indiscreto *Diablo Cojuelo*, que nos permitiese hacernos invisibles y levantar tejados. Porque ese refugio sagrado, y como sagrado con sus puntos de adorable, del misterioso tocador de nuestras Musas,

efectivo, es el traicionero revelador de la condición de su dueña, en cuanto en él exhibe, al dejarlo, descuidadamente, abierto, y con lo que en él descubre, voluntariamente, cuando en él se encierra. Un catador de caracteres, limitándose a dos casos particulares, lo entiende así: «En su oculto recinto, la santa guarda en él sus libros de devoción, tiene sus éxtasis y coloquios; se disciplina, y saca a la luz de su lamparilla de Virgen Prudente, los escondidos cilicios y sus llagas. Y, la que no lo es, se afloja o tira los que le impone la modista, y, al verse libre de trabas de urbanidad, de adoradores, envidiadas y envidiosas, se despereza espiritual y corporalmente, ríe y llora de verdad, sin temor a dejar surcos en el rostro y pinturas adyacentes; pateo y se suelta el pelo, iracunda, y ensaya gestos, posturas, sonrisas y desdenes, ante la luna de sus cien espejos... Y descubre el espíritu y la materia, tales y como son, sin temores de testigos importunos; el alma escapándose del cuerpo, y el cuerpo, del pozo y sin cendales, como pintan a la verdad ciertos artistas...

El hombre, por el contrario, cuando no es un buho, o se halla habitualmente enfermo, apenas si deja en su cuarto, huella de su personalidad, de sus gustos, ridiculeces, virtudes o defectos. Habita allí, de ordinario, nada más que lo preciso; para dormir y asearse... de paso; como en SLEEPING...

Más, donde se refleja inconscientemente y de cuerpo entero; es en su biblioteca; si no la tiene, por el hecho de no tenerla; y si la posee, porque los libros son los amigos que se eligen, conservan toleran y rechazan con entera libertad y sin compromiso, de ahí que revelan el carácter y la condición de quien los posee, los tolera, los ama o los desprecia. La biblioteca, pues, delata si su dueño es necio

o discreto, ordenado o desarreglado, presuntuoso o refinado de verdad; si lee sus libros o se contenta con verlos o que se los vean, según el modo como los trata, los maltrata, y, según los que exhibe con legítimo orgullo, o los que oculta artera o prudentemente... Coloquémonos, por un momento, y en el mejor de los casos, en una de esas antesalas, tan frecuentemente adornadas con librerías, y aguardando ser recibidos por el famoso director de ciencias, el célebre Doctor en Medicina y el honrado abogado a quien vamos a ver por ver primera; y, donde se nos ofrece ocasión de poder curiosear los lomos de sus libros, para matar el tiempo de una larga espera... Y veremos como se nos levanta el ánimo al sorprender mezclados entre los ejemplares de Moral austera, y los de Cirugía y Obstetricia, fríos como el fórceps y el escalpelo, los libros de devoción (verdaderamente manoseados), los volúmenes de poesías y las últimas y honradas novelas; y entre el horror de códigos y gacetas, como rayos de sol por entre nubarrones de tormenta, las obras de Donoso, Meléndez y Aparisi, y la Teología Moral de San Alfonso de Ligorio, el Santo tres veces grande por santo, sabio y mártir de su carrera, sentiremos entonces que se nos levanta el ánimo; que nos gana de antemano aquél a quien vamos a consultar, pensando que se nos resolverá el caso de conciencia, a la vez, con rigidez de teórico y dúctil comprensión de la vida; que se nos auscultará el corazón no solo como víscera que palpita mecánicamente, sino como SANCTA SANTORUM del alma; y, que al hablar de nuestro pleito, lejos de enredarnos en veinte más, se nos sacará del atolladero, y hasta se tratará de proporcionarnos un abrazo con el enemigo... Tan bien retrata una librería a su dueño que yo pienso, que cuando se escriba el Manual del *Perfecto Hipócrita* como en estilo joco-serio se han escrito ya,

entre otros, el del *Perfecto Ladrón* y *La Perfecta Coqueta*, seguramente se darán reglas para exhibir habilidosa y artísticamente nuestros libros, para que nos juzguen a nuestro gusto quienes todavía no hayan podido llegar a conocernos.

\* \* \*

En una obra reciente se dice que «debemos considerar los libros entre las mejores medicinas y los peores venenos»; y un autor extranjero escribe lo siguiente: ¡«Qué hermosa es una biblioteca! ¡Cuántas cosas puede ver, y cuánto gusto puede sacar, aún el que lee por pasatiempo y de imaginación! Puede elegir según el humor; es una *FARMACIA moral*, y tiene medicamentos para los días ásperos y duros; y para los días serenos; otros, para los de flojera moral, y, a su lado, para los días en que domina la furia del trabajo.»

Si los libros, señores, poseen tantas virtudes, no exageramos al considerar nuestra colección como una verdadera

## FARMACIA

«Remedios del alma» se leía en el pórtico de una biblioteca antigua: y, Farmacia es, en cuanto puede atesorar obras sedantes, estimulantes, narcóticas, deprimentes, irritantes, que dan la salud, y, que hasta mal usadas, quitan la vida... ¡Recordemos, si no, el desdichado y hermoso «Werter» de Goethe, con su negro cortejo de suicidios..!

*Sedantes* hay que hacen maravillas en las horas de excitación y desesperanza. Díganlo, entre centenares, las páginas amables de «La Vida Devota», las dulces obras de Trueba, el Libro incomparable de Tobías, las Conferencias de Van Tricht y las «Pajitas de Oro»; y tantos libros

benditos, que más parecen escritos con bálsamo que con tinta...

Todos conocemos esa moderna literatura llamada con tanta propiedad *Estimulante*, y que constituye, salvo reparos, un verdadero tónico de la voluntad.

Hay, también, obras *Confortantes*, para los días grises y desolados, en los que parecen agotarse las fuerzas del alma, y de rechazo, las del cuerpo... Para esas crisis hay también remedios impresos, remedios heroicos; ¡más todavía! remedios SANTOS; porque Santos fueron quienes los elaboraron; Santos, rebosantes de irresistible simpatía, como nuestra Teresa de Jesús, para encantarnos; San Buenaventura, para incendiarnos; San Ignacio y San Francisco, para rendirnos; y, para las horas de oscuridad y ceguera, de duda y desilusión, el grande entre los mayores, San Agustín, tan sólo peligroso cuando no se lee con cristales ahumados... porque deslumbra...

La Hipocondría no resiste a los autores *Modernistas*, maestros de la germanía literaria, sobre todo, cuándo, declarados enemigos de la Preceptiva, el sentido común y el peluquero, escriben con renglones cortos.

Yo no sé si fué un chusco, o un andaluz muy práctico el que dijo: «No le temo ni al insomnio ni al sueño pesado. Me duermo y me desvelo, según se me antoja... La Divina Providencia me ha provisto de algo más eficaz que lo que recetan los médicos y venden los boticarios. Tengo, siempre al lado de mi cama dos pilas de remedios (sin patentar), con los que no pudo soñar Hipócrates... En la una, como enemigos irreconciliables de Morfeo, están, entre otros, *El Quijote*, *las Aventuras del Barón de Munchhausen* y «*Las Tiendas*» de Frontaura. En la otra, los textos románticos de la *Ley Hipotecaria* y la del *Timbre*, a cuyos primeros idilios y madrigales no hay párpados des-

velados que resistan; y, como último recurso en casos extraordinariamente rebeldes, el «Ideal de la Humanidad», que ya escasea, gracias a su ocurrente panegirista, el gran polígrafo, quien, con toda su ciencia y gracejo, se olvidó de clasificarlo entre la flor de adormideras y el bromuro de potasa...»

\* \* \*

El autor de cierto tratado de Música, llevado de sus entusiasmos, dice al hablar de la OPERA, que es «el conjunto de todas las Bellas Artes»... Y no entra en explicaciones.

Verdaderamente, si nos imaginamos la representación de una gran ópera en lugar digno y adecuado, veremos, que la ARQUITECTURA, no sólo no debe ni puede estar ausente, sino que, dócil a un arte más delicado, se somete en su honor a imprescindibles leyes de *Optica* y de *Acústica*, y se esmera, de ordinario, en hacer alarde, en fábrica y decorado, de todos sus recursos, incluso los de la ESCULTURA. La PINTURA encuentra ancho campo en que lucirse, en muros, techos y decoraciones, reservando, también, para estas últimas, una PERSPECTIVA singular (*¿*), privativa de los teatros. Allí, no suelen ni deben estar ausentes, los primores del tallado, el herraje, el mobiliario y la indumentaria; mucho menos las artes menores, de la Declamación, el Canto y la Danza, y, sobre todas, las que constituyen el alma del espectáculo; las dos artes soberanas, la POESÍA y la MÚSICA, unidas en íntimo abrazo, y para completarse, porque la una sabe hacer vibrar cuerdas del corazón muy hondas, a las que no llega el verso más hermoso, y la palabra remontarse, como de filiación divina, hasta donde las notas no alcanzan...

Y ahora diremos: si un melómano se permite pensar así de su arte tan amado, ¿no le será lícito al bibliófilo, siquiera al bibliómano, discurrir de manera análoga? Seguramente. Que nuestra amada biblioteca puede asimismo alardear de un número tal de bellezas, que merezca ser considerada, a su modo, como un variadísimo

## MUSEO

Porque en ella, también la ARQUITECTURA, sin necesidad de ostentar un derroche de suntuosidad y galas, debe ofrecer a los libros y a su dueño, luz, aire, ventilación y alegría, para defenderlos del calor, del frío, de la humedad, del ruido y del trato humano y del inhumano... En su recinto caben todos los primores del *GRABADO*, desde la humilde viñeta a la gran lámina, y, por derecho propio, ese grabado genuino de las bibliotecas, de creación reciente, diminuto y encantador objeto, ya de aficionados, coleccionistas, cambistas y boletines, que se llama el *EX-LIBRIS*; y que, aparte de su mérito artístico, avalora a cada ejemplar que lo ostenta, por cuanto exhibe en sus guardas y en sus pastas, el número y el rango de sus amistades; ya que las hermosuras bibliográficas, al revés de las femeninas, adquieren más honor, sin detrimento de su pureza, mientras más amantes tuvieron, las lucieron, las gozaron y las bien pagaron...

Museo, es, de verdad, en cuanto es capaz de atesorar vetustos pergaminos, broches, pedrerías, esmaltes, y guadameciles en las encuadernaciones, cuyos relieves son a veces tan hermosos y profundos, en leños y marfiles, que entran de lleno en el campo de la *ESCULTURA*; y, porque puede ser albergue de la *PINTURA*, (efectiva o imitada), en esos miniados de maravilla, y en tantas

modernas oleografías, rivales a veces, de los propios originales. En ella, gracias a los prodigios del arte tipográfico, nos es posible disfrutar de cuantas maravillas nos ofrecen los tres reinos de la Naturaleza; conocer máquinas, herramientas, utensilios, los oficios y las grandes industrias, recorriéndolo todo, lo mismo para estudiar, que para recrearnos, que para matar el tiempo. Y, no digamos nada, si con el espíritu rebosante de burlas, protestas e ironías, ¡fruto amargo de nuestras amargas horas...! los adelantos y aparatos científicos que por antiguos nos hacen reír, y por modernos nos hacen temblar; la vivienda, desde la cueva primitiva que gustaba de adornarse, hasta la moderna que se empeña en afearse... (¡y lo consigue!); las razas desaparecidas y las que debieran desaparecer; los muebles, las joyas, los utensilios, bonitos, feos, inútiles o grotescos; las armas, desde las modernas, asombro del infierno, (o, forjadas en el infierno) hasta la que esgrimió Caín, llamado con razón fratricida, pero que al lado de los modernos merecería el calificativo de humanitario, pues sólo hizo una víctima, y no constan que, ni dormido, hubiese soñado nunca con volar...

Resta la

## MÚSICA

el arte glorioso que, por ser divino, se dice que ha de ser el único que perdurará en la Gloria, y que también puede enriquecer nuestra biblioteca.

En ella hemos considerado el tesoro de las ideas, que, mudas y complaciéndose como tantas cosas grandes, se humillan, recogiéndose en lo pequeño. Y si las ideas se enconden en las pequeñas letras, también en los libros, caben los diminutos granos desparramados sobre el pentágono, en espera de que se les transforme en notas

divinas, como los granos privilegiados del granero, esperan que se les convierta en pan del cuerpo, del alma... y del cielo...

Pero, todavía más: incluso, con un templo, cabe comparar nuestra biblioteca, y, en verdad, que no le faltan puntos de semejanza —y no es idea mía— con un

## TEMPLO

Tal vez por ello, en el reglamento de la que posee La Sorbona, se dice que: «Hasta donde sea posible, debe reinar el silencio en su recinto como en *lugar augusto y sagrado*.»

Como en un templo entraba en la suya, santiguándose, cierto espíritu religioso, que rezaba por las almas de los autores que iba a consultar, para que le librasen de errores y le inculcasen verdades. Templo *sui generis* es, donde es lícita la predicación de la Palabra Divina y la Profana, ambas, con derecho a un culto propio, y sin pecado, capaces de obrar en nosotros maravillas de milagros y prestigios...; de los libros Divinos, de los ascéticos y piadosos, ¿quién lo duda?; pero es, que, también los profanos y los científicos pueden hacer prodigios espirituales, pues hay momentos en que, por ejemplo, más nos acerca a Dios y humilla nuestra soberbia la enloquecedora cifra de los años de luz de que nos hable un manualito de Astronomía, que los silogismos de un moralista seco, un sermón pesado o los derretidos coloquios de un bonito devocionario, rezumante de confitería mística, a la francesa... Templo es, donde caben altares; Cicerón y S. Jerónimo; el Evangelio y el Corán; la Teología católica y la Poesía pagana; como juntos y para completarse, caminaban por el poema divino, Dante y Virgilio... Templo, que,

cuando el de Dios está cerrado, el amigo y el director espiritual ausentes, y agobian las dudas, los remordimientos, el tedio y los pesares, siempre nos ofrece en sus retablos quien nos prodigue luces, consuelos y esperanzas... Un hombre de talento a quien echaban en cara extemporáneas ausencias e inexplicables libaciones, respondía amargamente: «¡Ay!: cuando el cielo es de bronce y en esos días grises en que las campanas del alma tocan a muerto, y mi casa es un páramo o es un infierno, me echo a la calle en busca de una iglesia; y, si está cerrada, voy en busca de un amigo; y, si no lo encuentro, o hallo cerrada su puerta, como no la puedo abrir, ¡abro una botella!... ¡Si el sinventura hubiera dispuesto de amables y profundos libros, hubiera podido encerrarse entre ellos, en el refugio bendito, TEMPLO y hogar, a falta de hogar, y guardador de mil remedios y lenitivos como verdadero Dispensario, que es, del alma...!

Y, todavía, para mayor semejanza de nuestra biblioteca con un Templo, también podemos y debemos entrar en ella, látigo en mano, arrogándonos el papel y los poderes de Cristo, para echar afuera a los profanadores, y aun lo que Él no hizo: destrozarlos, y con ira que llamaremos santa.

Por todas estas bellezas, recursos y virtudes de nuestra biblioteca, creemos que no será aventurado el considerarla como el más adecuado

## LUGAR DE INSPIRACIÓN, ESTUDIO Y COMPOSICIÓN

Preguntan muchos, ¿por qué los artistas han de ser, casi siempre, hombres raros? y habría que contestarles, preguntándoles, a la vez: —¿Es que acaso, no es ya raro ser artista? —¡Naturalmente!

Todos sabemos que (aparte de las excentricidades fingidas) no cabe discutir sobre los estados de ánimo, las circunstancias y los parajes más propicios, a la gestación, nacimiento y retoque de las ideas.

El capítulo de extravagancias y rarezas en este punto, es interminable, curiosísimo, instructivo, y, a la vez, muy divertido.

Fernández y González (al decir de un biógrafo) aseguraba poder inspirarse en cualquier sitio; y así se explica, lo hermoso y lo que debiera serlo de sus obras, que el medio ambiente significa mucho... Hay quien asegura sentirse inspirado, en el tren, borracho, a orillas del mar y tumbado panza arriba... ¿Pero a qué seguir espigando en un mundo de sinceridades, verdades y mentiras?

Ya sabemos que la laboriosidad del hombre de talento que estudia o compone, es virtud que no se distingue por la constancia; y que la inventiva no pasa de una amante voluble y caprichosa que gusta de hacerse rogar y de mortificar con desvíos y ausencias...: que hay horas y épocas de terca esterilidad y de torpeza intelectual, y días, ratos y momentos en que las ideas se atropellan, sin dar tiempo a recogerlas, por afluir con la impetuosidad de un torrente. Todos sabemos que la inspiración viene de lo alto, y, que, como el rayo, hija del cielo, salta y brilla donde quiere, como quiere y cuando menos se la espera... Mas, nadie podrá negar no haber campo ni ambiente más amable, y propicio para el estudio, la germinación y la paciente lima, que el cercado por murallas de libros amigos, carceleros de las Musas, y dispensadores de sus GRACIAS; porque ellos discretísimamente nos acompañan, y nos estimulan con su presencia, animándonos sin distraernos, ilustrándonos sin importunarnos, y, porque su albergue tiene en tal grado, las ventajas de la

sociedad ruidosa y las del desierto silencioso, que, bien pudiéramos expresarlas, aun a trueque de profanar la bellísima DOLORA, diciendo que, si para el que escribe estudia y concibe...

LA SOLEDAD DEL ERMITAÑO ENCANTA;  
 ES MAS ENCANTADORA TODAVÍA,  
 LA SOLEDAD DE MIL, EN COMPAÑÍA.

Supongo que a todos nos habrá inspirado curiosidad el laboratorio de los hombres de genio, y, que rara vez habremos dejado de observar que, tratándose de escritores, es una biblioteca, o se encuentra muy cerca de ella.

Yo no puedo olvidar la emoción que me produjo el cuarto de trabajo, religiosamente conservado por los herederos de aquel moro-cristiano, que se llamó asimismo «el último abencerraje». Todo se conservaba intacto; todo, menos el polvo... Recuerdo haber tocado con veneración la pluma, oxidada, y el viejo tintero, fuente de maravillas. Y, recordó que, como era de esperar, los muros de aquella torre de marfil en que el mago se encerraba, no estaban revestidos ni de estucos ni de tapices, ni de cuadros valiosos, sino recubiertos de modestos estantes, repletos de libros, que parecían, por su aparente desorden, acabados de remover, en busca de la cita, la perentoria consulta, la fecha, o la palabra precisa, en los momentos de inspiración o retoque, por la mano atezada de quien supo transformar un cuentecillo picante en un lienzo de Goya, y legarnos un libro que fué dos veces un «ESCANCALO», por su título, y por el que su resonancia produjo en el mundo de las letras.

\* \* \*

Y, para cerrar esta larga serie de parecidos que ofrece nuestra biblioteca, fijémosnos, por último, en el que tiene con una

### CIUDAD y con una SOCIEDAD

Ya Smiles y Lubbeck hablan de la *sociedad de libros*. Es digno de notarse que cualquier librería, aun sin advertirlo su propio dueño, resulta organizada como una verdadera *ciudad*; donde, pese a todos los igualitarismos, hasta los más demócratas, anárquicos y demagogos, colocan sus libros próceres en alojamientos preferentes, para lucirlos o pavonearse con su posesión; y relegan a las bohardillas de los estantes, a las segundas filas, o junto al suelo (como si dijéramos, en los sótanos), a los deshonorosos y desarrapados, a los miserables, impresentables y plebeyos. Hay en ella, pues, barriadas aristocráticas y elegantes; cárceles, hospitales y cementerios para los peligrosos, infames y rotos y destrozados; y, también, suburbios y rincones de mala nota, donde en lugar apartado, como en la ciudad auténtica, se confina lo peor; y, que tratándose de libros, pueden ser, en ocasiones, incluso útiles y necesarios, con las debidas precauciones y licencias... Y tampoco ha de faltar el *PALACIO REAL*, aunque la librería pertenezca al más endiablado enemigo de la realeza, pues jamás al príncipe de los libros se le confunde entre sus inferiores, sino que se le custodia en sitio preferente, en caja de caudales, en la mejor vitrina, o, se le fabrica, como al *POEMA DE MIO CID*, un verdadero palacio, rico, artístico y seguro, digno de quien reina y da honor a la colección que lo atesora.

Además, conviven los libros en su sociedad, como nosotros en la nuestra, en cuanto a que todos somos, además de hermanos, un poco prisioneros los unos de los otros. El parentesco, el parecido, la deuda, la adulación, el agradecimiento, el miedo, el amor o el odio, los liga a ellos lo mismo que a nosotros... Por algo dice Balmes textualmente: «...que hay un estrecho enlace entre la sociedad y las letras...; y que es necesario estudiarlas en conjunto, con ojeada de *comparación*, atendiendo a la una sin perder de vista a la otra.»

¿Dónde encontrará el novelista o el sociólogo que guste de observar la vida y los caracteres, campo en que mejor se reflejen ambos, que en una escogida y copiosa librería?

No es que el estudio de la personalidad de ellos, aunque sea fiel reflejo de los hombres, excuse el del modelo vivo... Quien quiera estudiar y retratar ambientes y caracteres, ha de meterse en bulla: que ni el Príncipe que todo lo aprenda en los libros llegará a saber gobernar su reino, ni el Literato que todo lo observe en la Literatura, será buen literato... Pero, si creemos que, aunque convenga elaborar con materia prima, el parecido de los libros con nosotros es tan grande que no merece pasarlo por alto, sino estudiarlo cuidadosamente.

Se dirá que la personalidad de un libro refleja al hombre como en un espejo; es verdad; pero bien sabemos que la imagen del espejo, aunque virtual, es al cabo imagen, y que a veces, cuando la vista se cansa o se distrae, es el espejo el amigo más brutal y fiel de los pintores... Si algún pintor me escucha, no podrá desmentirme.

Pero, si fuésemos a estudiar obra por obra, no acabaríamos nunca. Aun ciñéndonos al orden literario, habrá que espigar en la inmensa variedad de caracteres que nos

presentan; y, puesto que se corresponden los caracteres de los libros y de los hombres, nos referiremos, indistintamente, a unos y otros. Fijémonos en muy pocos.

Cierto personaje, algo amargado, definía al hombre, como UN ANIMAL QUE HABLA... MAL DE SU PRÓJIMO... Aun rechazando la definición, como un poco pesimista, ella nos sugiere el dar la preferencia a la Crítica.

El prototipo del Crítico debiera ser una mezcla de militar valiente y caballeroso, y del sacerdote incorruptible y benévolo, que con valor y sabiduría, defendiese siempre alerta, el campo que ha elegido como objeto de su celo. Observaremos que su número y variedad es prodigioso, y abarca desde el autor del libelo, mejor o peor disfrazado, hasta el censor leal y erudito, ni venal ni envidioso, ni obcecado; de que en España tuvimos tan gloriosos ejemplares, y, que gracias a Dios, no nos faltan todavía.

No pocas veces, el supuesto vigilante de la REPÚBLICA DE LAS LETRAS, es un osado famélico, sin más peculio que una pluma y un tintero, y la osadía, que surge esporádico, con ilustración silvestre, sentando plaza de censor de libros; cuando lo que al cabo consigue después de la pitanza, es armar ruido y servir a sus víctimas de anuncio gratis y honrosa malquerencia.

Críticos hay, verdaderos *COBURGOS* de las Letras, que medran explotando y gozando las riquezas y bellezas que otros se crearon; con su sangre y su sudor... Y es copioso el tipo del fracasado, bilioso y mordaz (resentido a un tiempo, con los demás y consigo mismo), que se ceba, como celoso defensor de un campo, para él estéril, en todo él que lo cultiva con éxito; y al que pudiéramos comparar al fiero guardián del harem, arma al brazo, corroído de secreta y explicable envidia, siempre apercebido para

herir a cualquier enamorado de las hermosuras que se ufana guardar, y que secretamente enrabiado, se reconoce incapaz de gozar y de reproducir... Pero la serie es larga y el tiempo es corto...

Hay, también, en esa sociedad, remedo de la nuestra, un buen número de *Amigos de lo ajeno*. La dilatada gama abarca desde los salteadores sin escrúpulos, hasta los que se aprovechan, legítimamente, de cuanto otros tiran, no explotan del todo, o dejan abandonado por prodigalidad o pereza.

¡NO ESCASEAN LOS PRÓDIGOS Y DESPILFARRADOS! ¡Cuánto dinero, salud y sonrisas de la Fortuna (tan aficionada a las cínicas muecas) se desaprovechan y MALBARATAN en la vida! Y, cuantos pensamientos desperdigados y esparcidos a voleo en los libros, en calidad de accesorios, con méritos de principales, nos hacen exclamar: ¡Qué lástima! Y como números de comparsa, pudieran ser origen o sillar de un ingente monumento. ¡Ellas semejan, el leño de oloroso sándalo, convertido en serrín. El sándalo no deja de ser sándalo. ni pierde su olor penetrante, pero ya no es el leño macizo en que pudo tallarse una obra de arte!

Entre los *Merodeadores*, no hay que olvidar a los previsores plagiarios, que pretenden escudarse con aquellas palabras del ECLESIASTES: «Nihil sub sole novum»; y a los cuales, para ponerlos en un aprieto bastaría con preguntarles por el verdadero sentido del texto bíblico; y por la fecha, más o menos aproximada, en que se agotaron definitivamente los asuntos originales y comenzó la licitud de las copias, las refundiciones y los refritos...

Destacan, asimismo, por su brillo, los ejemplares bellamente encuadernados y editados, aunque poco o nada valga su contenido, equivalentes a esas Vanas Hermosuras.

ras que nos seducen y aun amamos, a sabiendas de que la Providencia las dotó de hermosura a falta de cosas mejores...

No faltan los NIÑOS PRODIGIOS, que tantas veces hacen avergonzar, con el tiempo, al escritor ya formado.

Y, al lado de aquellos que en sus escritos, deshoñran a sus progenitores, un núcleo interesantísimo de libros y de hombres, ganosos de lo contrario, y que siempre me han inspirado, a la vez, una profunda lástima, y un profundo respeto. Aludo, no a los afortunados, que son pocos, sino a los fracasados, que son muchos, y muy dignos de veneración y consejo. Me refiero a esos herederos de un nombre ilustre, que pretenden perpetuarlo emulando las mismas tareas, con intento plausible, y a quienes sólo por excepción corona el éxito; porque el genio transmite su gloria; pero rara vez el genio, y, a los cuales, cabría decirles amistosamente: ¡Cuelga, amigo mío, cuelga esa péñola de oro, y no la desdore: busca otros derroteros y convéncete de que tu padre escribió con la pluma y tú lo estás haciendo con el cabo!

No olvidemos *Los Humildes*, hojas, pliegos, folletos, depreciados si se reparten, y buscados cuando se pierden. Ni a los aduladores sablistas, con el ditirambo por arma. Ni a los *Desagradables* y *Repulsivos* que tenemos que tratar y hojear por obligación o conveniencia, tan peligrosos como los *Muy amados*, porque a los unos les perdonamos poco, y a los otros solemos perdonárselo todo, cuando no les imitamos sus defectos. Ni aquéllos que ya no lo son, pero fueron gigantes, en su día, porque tuvieron la suerte de arribar a las playas literarias, como Gulliver a las de Liliput, entre enanos; o descollar entre ciegos, aunque nacieron tuertos...

No acabaríamos nunca: sin embargo, concluyamos

este último apartado, fijándonos, a la ligera, en tres categorías de libros que corresponden exactamente a otras tantas de nuestra sociedad, y desempeñan papeles de extraordinaria importancia. Hablemos, para terminar, del libro BUENO, del libro MALO y del libro TONTO.

Respecto al primero, poco cabe agregar a lo ya dicho. Sólo anotaremos que en la biblioteca, el número de *buenos* corre por cuenta del bibliófilo, y es fácil aumentarlo; mientras que en la sociedad, el censo es desastroso, y cuesta Dios y ayuda el fomentarlo. Como compensación, al hombre malo le cabe redimirse: ¡en cambio el libro malo no tiene redención!

Del libro TONTO se puede decir mucho y sabroso, como del tonto de carne y hueso. El necio es un elemento útil y providencial en ambas sociedades... Así, el ingenioso autor del «Arte de leer» nos dice que «se pueden considerar ciertos escritores infelices, como factores de la gloria de los grandes...» Y que «un buen autor puede pensar de los otros: ¿Qué sería de mí si no fuera por ellos?... y un pobrecito autor apostrofar al bueno que lo desprecia, diciéndole: ¡Ingrato!... ¡Si yo no existiera, no serías tú tan grande!» Por eso no son de despreciar por inútiles; sirven de mucho. Son nuestros payasos para divertirnos; y, en calidad de negaciones, no sólo no hacen sombra a nadie, sino que, por el contrario, son dóciles ceros que colocados hábil y cortésmente a la derecha de cantidades misérrimas, les multiplican sus valores, lo mismo en aritmética, que en política, en los salones, en las corporaciones y en las letras.

Resta el libro MALO, al que sólo consideraremos si es una obra de arte y bajo un aspecto que juzgo interesantísimo. Dios me libre de rozar, siquiera, su disculpa, y menos su apología. Pero, permítaseme, en calidad de amante

del libro, un gesto de conmiseración hacia ese ejemplar desdichado, que rechazamos, rompemos o arrojamos al fuego, con dolor de verlo abarquillarse y convertirse en cenizas; que causa una baja en nuestro catálogo, deja un triste vacío en un estante, y, por contera, pudo habernos costado nuestro dinero; y, del que nos desprendemos con ese dolor legítimo, reflejo del de Cristo, Justiciero, pero Padre, al condenar, perdiendo, para siempre, a una de sus obras... Y, permitidme todavía, un ligero gesto sentimental (muy ligero) hacia otros libros malvados. Y me refiero a los peores, a los que han arrastrado multitudes, hecho revoluciones y prosélitos, y perdido almas... En esas obras, como en los hombres más similares, hay, siempre, algo que, en justicia, merece notarse: y es el mérito, mal empleado, que los diferencia y destaca sobre sus secuaces. Porque en todo caudillaje, por infame que sea, hay alguna superioridad, de arrojo, de audacia, de talento o de arte sobre la turba ciega, malvada o estúpida, que se deja arrastrar, menos culpable, sin duda, pero más despreciable... Si Atila se queda a retaguardia a las puertas de Roma, sus bárbaros arrollan al Papa León. Zola, al decir de quienes lo conocen, es un monstruo de talento revolviendo la basura; pero la caterva de sus incondicionales, a secas, es basura solamente. Hasta, el que sin otro fin que el del lucro, domina a la manada que lo enriquece, traficando villanamente con su ingenio, nos trae a la memoria aquellos versos de nuestra «Décima Musa», aquella monja tan discreta, tan santa y tan hermosa,

«.....»  
*de quien peca por la paga,  
 o quien paga por pecar»*

\* \* \*

Y basta de comparaciones, señores; pero decidme si no caben muchas más y no merece toda suerte de encomios el aposento ideal de quien estudia y escribe, refugio de cuanto las musas y el saber nos han legado para deleitarnos, instruirnos y emularnos... Dentro de él se nos brinda, en la hora más propia y en los libros propios (y, precisamente, por serlos), el más fácil ejercicio del DERECHO y del cumplimiento del DEBER, igualmente sagrados, para el lector y para el estudioso: el Derecho de leer, y el Deber de releer; porque ni a los hombres los conocemos cuando nos lo presentan, ni los libros en su primera lectura. El releer equivale a mudar de consejo, que es achaque de volubles, y también virtud de discretos. Por eso, ningún hombre de mundo se precia de conocer a otro, hasta que no lo estudia detenidamente; y, en su fuero interno, hasta que no lo trata, no lo retrata... Así se explica, la caída en la edad madura de tantos ídolos de la niñez y de la juventud, y así se explica el sinnúmero de rectificaciones de los santos y de los sabios, no sólo respecto del juicio que les merecieron las obras ajenas, sino las propias, quienes, a diferencia de los simples y los fatuos, casi nunca las tienen por perfectas; las dan por terminadas, pero raras veces por concluidas.

Y, por si fuese poco, en él podemos viajar, entre cuatro paredes, en nuestra casa y a cualquier hora por países de verdad del cielo y de la tierra; y aún, por los fantásticos y de ensueño, sin movernos de nuestra poltrona, más cómoda y más blanda que el lomo de Clavileño. En él se aprende lo nuevo y se repasa (de oculis) lo olvidado, añorando la época en que nos lo enseñaron mal y lo estudiamos peor. En él (y no es decir por decir), hasta sin leer,

leemos; cuando acariciamos y hojeamos esas obras escritas en lengua ignorada, cuyo texto se nos transparenta, por sernos ya conocidos en la nuestra. E igualmente, esos otros ejemplares, capaces de dejarnos ciegos si nos los echáramos al colete, escritos en menuda letra gótica, o esos manuscritos de endiablada letra procesal, y que ya conocemos por ediciones claras ó copias en cristiano. Y, en fin, otros amados libros de ningún valor bibliográfico, pero grande, muy grande, sentimental, donde no vamos a buscar el texto, sino el registro de una estampa, el margen con la cruz de una llamada, la nota, el garabato o la huella del dedito de un niño o de alguien que se marchó para siempre, capaces de decirnos muchas cosas, sin necesidad de leerlos ni posibilidad, tampoco, porque nos ponen los ojos turbios: ¡que no se leen, pero que nos dicen tanto sin leerlos, que se lo pagamos con besos!

\* \* \*

### LA BIBLIOTECA REDUCIDA

Ahora bien: después de todo lo dicho, no es de extrañar que se nos arguya diciendo que tanta belleza y bienandanza no son privativas, sino de las bibliotecas escogidas y numerosas. A lo cual habrá que contestar que, en lo de escogida, habrá razón; en lo de copiosa, poca o ninguna. Ciertamente, el mayor caudal supone mayores disponibilidades; pero todos sabemos que hay caudales grandes de poco rendimiento, y pequeños, que, bien colocados y administrados, producen mucho. Un libro, según las manos en que caiga, puede valer por uno, por dos, por muchos o por ninguno; tener dos clases de valores, el suyo y los que le preste quien lo maneja; el objetivo y el

subjetivo... Porque ellos, como tantas cosas, como los brillantes (verdaderos o imitados), tienen muchas caras o facetas; lo mismo que los hombres, sobre todo si son falsos... Si un juguete es juguete en la niñez, estorbo en la mocedad; poesía en la edad madura; y nostalgia en la vejez; ¿qué podremos pensar de los libros, que no son cosa de juego, y varían según el cristal con que se leen y los años en que se leen?... Un libro puede valer por muchísimos; la biblioteca, pequeña y escogida, puede convertirse en numerosa, por virtud del tiempo, de las circunstancias y del espíritu variable; dúctil y selecto de su dueño... El libro, como el maná del desierto, puede saber a gusto del consumidor, y a lo más extraño que pudiera figurarse quien lo escribiera. La obra más grotesca y majadera puede servirnos de Arlequín para hacernos reír, y de misionero elocuente para reformarnos, por cuanto hay faltas de las que no han logrado corregirnos ni predicadores ni obras de moral o preceptiva, y, que, al verlas en ridículo en autores dignos de soflama, hemos desterrado para siempre... Nuestro gran polígrafo leía y releía a carcajadas, en un vehículo público. Un curioso logró aproximarsele, y descubrió que el objeto de tan curiosa hilaridad no era ni una novela de Luis Taboada, ni Los catorce puntos de Wilson; se trataba sencillamente... ¡de una Gramática Latina...! La obra, pues, era de esas cosas verdaderamente polifacéticas: servía para mucho: servía para fastidiar a un estudiante; saquear a su padre; no enseñar el latín; y divertir a Don Marcelino Menéndez y Pelayo... La ASTRONOMÍA, con sus asombros, y la FÍSICA, con sus encantadores experimentos, seductores para grandes y chicos; con ser ciencias tan profundas, son, a la vez, tan agradables y bonitas, que, si en la clasificación de los conocimientos humanos cupiese la galantería, merecerían

un puesto, HONORIS CAUSA, entre las BELLAS ARTES. Sus tratados valen por dos. Y, como sobre gustos no hay nada escrito, yo he oído calificar de deliciosa y encantadora LA PRÁCTICA FORENSE; y leído que cierto profesor levantó los brazos en su cátedra, inclinó la cabeza respetuosamente sobre un libro abierto, y exclamó conmovido: «¡Entremos en este mar de delicias!»... Y el mar de delicias era... ¡una tabla de Logaritmos!... La Filosofía, con ser altísima ciencia, también se presta a desdoblarse. El Águila de Vich, tan gran Filósofo, se mofa de muchos filósofos; y seguramente debió leerlos para estudiarlos, y de releerlos más, para regocijarse que para estudiar Filosofía, cuando, entre otras cosas; dice que «el pensamiento humano es, como el borracho, que, cuando se le endereza por un lado, se cae por el otro»... Las asombrosas páginas de «Los Heterodoxos» pueden recorrerse para pensar y para reír, cuando su autor se encara con ciertas filosofías, ya trasnochadas, que, a más de uno de los presentes sirvieron de Horcas Caudinas a las puertas de una carrera. Un gran literato y filósofo, con su peculiar humorismo, a la vez bonachón y cruel, y siempre de guante blanco, debió de encontrar en algunos filósofos algo más que Filosofía, a juzgar por estas dos peregrinas afirmaciones. Decía, que le entusiasmaba el alarde de ingenio, el torneo de argumentos y la lucha brillante por el descubrimiento de la Verdad, aunque la Verdad, ni se descubriera, ni hiciera maldita la falta, porque lo esencial, lo importante, lo entretenido y bonito era lo demás... Y, en otra ocasión, no recuerdo si por su cuenta, o echándole el muerto al personaje irresponsable de una de sus novelas, afirma, que la Filosofía, con todos sus prestigios, es completamente incapaz de crear nada: lo único que le cabe hacer, es desarrollar lo que ya existe;

y, por eso, a los listos los hace cada vez más listos, y a los tontos, cada vez más tontos.

Y, en último término, y, como curioso ejemplar de lo que pudiéramos llamar EL ARTE DE SACAR PARTIDO DE TODAS LAS COSAS, vaya este ejemplo de desdoblamiento y multiplicación del libro.

Dícese que Carlos Dickens se instalaba en el Puente de Londres, como inapreciable lugar de observación para el estudio de las diversas clases sociales.

Cierto novelista, y, por consiguiente, devoto lector de libros y de personas, no halló a mano, para matar el aburrimiento de una larga espera, sino una insulsa GUÍA OFICIAL DE LA CIUDAD Y SU PROVINCIA. Se acordó del novelista inglés, cuyo espíritu debía vagar a su alrededor, siquiera por simpatía; y, recorriendo aquel inventario de industrias, profesiones, honores, cargos y pueblos; nombres de vecinos altos y bajos; honrados y pillos; y evocando historias verdaderas o falsas, calumniosas, escandalosas o edificantes, descubrió un venero riquísimo e insospechado de sugerencias literarias, en ambientes, asuntos, lugares y caracteres, que le suministraron materiales por mucho tiempo para sus cuentos y novelas... ¡Cuándo hubiera sospechado el redactor de aquella prosaica obra, de vida y utilidad para un solo año, que su ingente mamotreto iba a emular a todo un Puente de Londres!...

...Pero es, que, para bien de la BIBLIOTECA REDUCIDA, no depende exclusivamente del lector el que sus libros se multipliquen, porque hay obras, que, de por sí, valen por una librería.

No recuerdo quien ha dicho, que si se expresiese y expurgase de plagios, repeticiones y hojarasca cuanto se sabe y se ha escrito en el mundo, todo ello cabría holga-

damente en *¡quince volúmenes en folio...!* Mas, mientras no se edite esa octava maravilla, digna de avergonzar al santo autor de las ETIMOLOGÍAS, tendrán que contentarse las BIBLIOTECAS REDUCIDAS con las enciclopedias, antiguas o modernas, y esa pléyade de trataditos de vulgarización, que llenan mucho y ocupan muy poco, útiles o perjudiciales, según quien lo maneje, que no formarán profesionales, pero pueden iniciarlos, ni harán eruditos, pero sí hombres instruídos. Y otro tanto cabe decir de esas obras modestas y deslucidas, fruto de ciencia y paciencia, verdaderos mosaicos del ingenio humano, seleccionadoras de máximas, trozos y argumentos que, con los títulos de Vademécum, Extractos, Antologías, Crestomatías y Florilegios, valen por centenares y nos ahorran tiempo y dinero.

No quiero terminar este apartado de la BIBLIOTECA REDUCIDA, sin referirme a un libro, ¡UN LIBROTE!, que suele hallarse en muchas casas, incluso en las carentes de librería; que sólo por casualidad se abre, que estorba por su tamaño, como los gordos, y se le tolera como pisa-papeles, y posible peana de un santo o de un cacharro.

Cuéntase que preguntando Baudelaire a Teófilo Gautier a qué debía su modo de escribir, Gautier le contestó: «He estudiado mucho el DICCIONARIO...», y, en efecto, solía leerlo con gran deleite, encontrando en él palabras diamantes, palabras zafiros, palabras rubíes, que no piden otra cosa que ser engarzadas en el estilo. Y Edmundo de Amicis agrega que al conocer esta opinión, cayó un velo ante sus ojos; y en un verdadero canto al DICCIONARIO, llega a decir que «por docto que cualquiera sea, se encontrará constantemente, en cada columna, palabras que le obligarán a exclamar: ¡No lo sabía!». Y considerándolo como un despertador de ideas, y el libro más íntimamen-

te nacional, exclama: «¡Maestro, amigo, consejero, que sabes de todo y respondes a todos; fiel compañero de los estudiosos, querido y glorioso pedantón, yo te saludo!»; y agrega que en él: «Al lado de un mueble doméstico, vemos un arma de la Edad Media: al lado del arma, un pez raro; más allá una planta, un ingenioso mecanismo... etc. Con él —dice— paseáis, reís, fantaseáis, aprendéis la lengua, historia, moral, poesía, ciencia, juegos, oficios, hasta que cerráis el libro medio locos, lo mismo que si saliérais de un salón donde hubiera, a la vez, un teatro, un mercado y una academia. ¿Qué más se puede pedir y encontrar en un libro? ¿Cómo se puede negar que tal libro es un libro encantador? ¿Y, cuándo se podrá decir que se ha leído bastante?...» Son muchas las páginas y muy hermosas las ideas de Edmundo de Amicis, y no todas hijas de la fantasía... ¡El DICCIONARIO, pues, es de los libros que valen por centenares...!

\* \* \*

Y, ahora, Señores, cambiemos de tono y ¡volvamos la hoja!: mejor diremos el tapiz; este rico tapiz de tan variados matices y figuras, y que por muy hermoso que se nos ofrezca, ha de desilusionarnos, mirándolo del revés...

De Washington Irving, sintiéndose más melancólico que en sus «Cuentos de la Alhambra», son estos renglones impregnados de tristeza: «... Al ver a mi alrededor, estos antiguos volúmenes, colocados en estantes y con sus cubiertas roídas por los gusanos, no puedo menos de considerar esta Biblioteca, como una especie de catacumba literaria, donde los autores, semejantes a momias, son piadosamente enterrados para irse consumiendo y convirtiéndose en polvo, en un eterno olvido .. ¡cuántos sudores

ha costado cada uno de estos libros, arrojados ahora, aquí, con tanta indiferencia! ¡Qué de días tan penosos, y cuántas noches sin sueño! Sus autores se han sepultado en la soledad de las celdas y de los claustros, o se han secuestrado de la sociedad de los hombres, o han huído del espectáculo, todavía más encantador de la Naturaleza, para consagrar su vida a áridos estudios y laboriosas rebuscas; y, ¿para qué todo este trabajo? Para ocupar una pulgada de espacio en un empolvado rincón y que el título de sus obras, descifradas, alguna vez, por un eclesiástico medio dormido, o por un ocioso como yo, sea, al fin, en otro siglo, olvidado para siempre. He aquí el resumen de esta inmortalidad tan ensalzada...»

Para no ser menos, un autor español escribe lo siguiente: ¿A qué manos irán a parar nuestros libros amigos, nuestros consejeros, nuestros confidentes? Y agrega: «En ciertas tribus de la India, cuando el Jefe muere, son sacrificados sobre su tumba, sus mujeres y sus servidores... Cuando, quienes adoran sus libros, y entre ellos viven, lleguen a la hora de la muerte, deben exigir que junto a su tumba, una hoguera consuma los libros, que fueron sus amores, y, acaso, de entre las llamas, se alcen al infinito, espíritus dormidos entre las hojas».

¡TRISTITIA RERUM!, habremos de exclamar...

¡Hay que reconocerlo! Nuestra amada colección, por muy rica, hermosa y honrada que sea, y, a pesar de todas sus bellezas y valores, no puede escapar a la suerte común, ni despojarse del velo de tristeza que envuelve todas las cosas...

Porque ¡aterra pensar la carga de responsabilidades que supone la librería que ha de sobrevivirnos, por lo peligroso que encierre y por las manos salvajes, malvadas o inocentes en que pueda caer a nuestra muerte!

Así también en aquella sentencia del libro inmortal: «Cuanto más y mejor entiendas, tanto más gravemente serás juzgado... Por esto no te ensalces por alguna de las artes o ciencias; más teme, del conocimiento que de ellas se te ha dado».

Así también en aquella divina parábola de Los Talentos, contemplando nuestros libros, que son talentos doblados, por su valor en oro y por su valor en ideas... y de cuyo uso, abuso y explotación, habrá de pedírsenos estrecha cuenta, en una hora indefectible... Y desfallece el ánimo recordando que «la sabiduría es locura ante Dios, y, que, de ella, el Señor se reirá»...

Pero hay más... ¡La Poesía, capaz de cantarlo todo, desde el Diablo, las ranas y el murciélago, hasta Dios, no ha olvidado al *Libro*, pero sí a los *Libros*..! El Arte, haciendo hablar a los tres reinos de la Naturaleza, y personificando las pasiones, facultades y sentimientos humanos, tampoco ha desdeñado al libro, ni siquiera a su carcoma, inmortalizándola por un buril, émulo del de Durero; pero ¡ha olvidado a los libros! Aquellos hermosos versos que comienzan:

*«Yo guardo con amor un libro viejo  
de mal papel y tipos revesados...»*

¡cantan un libro solamente!

Hogart, pintor, ideó y ejecutó LA BATALLA DE LOS CUADROS: de los libros, sólo conozco una fantasía preciosa de nuestro Salaverría, y el humorístico grabado «BABEL», de Monnier, ligeras divagaciones literarias, y el fondo cálido y simpático de algunos lienzos... ¿Existe mucho más?... No lo sé; pero debiera existir. Porque, cuando tanto real como fantástico se ha concebido, haciendo

concurrir, como en los grabados de Doré y en los cuadros de Animas y el Juicio Final, el Cielo, la Tierra y los Infiernos, es extraño que haya quedado postergada la colección que nos ocupa, siendo, como es, tesorera tan rica, y tan espléndida dispensadora de bienes del cielo y de la tierra.

Yo, ¡pobre de mí!, he soñado con ello...

Decidme, si en el orden alegórico, no cabe imaginarse el magnífico salón de una prócer biblioteca, con sus estantes y vitrinas abiertas de par en par, y, dentro de ellas, riendo con cónicas muecas de brujas de Goya, sierpes y monstruos de las pesadillas del Bosco, abrazados a las obras más infames, para defenderlas, y en agradecimiento a sus daños... Roto el pavimento, y atravesado por llamas, y surgiendo entre ellas, semblantes desencajados, y brazos enrojecidos, pugnando por alcanzar, con un afán, eternamente inútil, aquellos libros malditos que los condenaron y condenaron a tantos... Tablas vacías, en paciente espera de esas obras por que clamamos, y no acaban de escribirse; y, otras, más tristes todavía, como nichos desalojados de cementerio, esperando sin esperanza, aquéllas que se perdieron, se robaron o se prestaron a los buenos amigos, con una corona fúnebre en su lugar, y por leyenda, aquéllo del poeta de «Las Golondrinas»... «¡Ésas no volverán!» Y, entre estante y estante, los espectros de los autores insulsos, contemplando, cándidos y felices, sus engendros, sin pena ni gloria, como ellos. Los de los autores no malos, sino que escribieron malamente, leyendo avergonzados, a través de sus lágrimas, sus propias obras, tormento que se le escapó al Dante, pero no a nuestro glorioso Quevedo. Y los biografiados, contemplando, tristes o satisfechos, sus vidas impresas, y pensando, acaso: «¡asi se escribe mi historia!»: y los autores plagiados amenazando con el

puño a sus salteadores, pero riendo sarcásticamente, de la mona vestida de seda ajena, a quien la Crítica sensata acabará por dejar en cueros... Y, como contraste, allá en lo alto, luces blancas y deslumbrantes, como rompientes de Murillo, y un rayo de cielo poblado de alas que va a parar a los Libros Santos, para guardarlos de herejías y majaderías: y, entre resplandores, los rostros felices de los autores buenos, recreándose en sus libros que les granjearon las dos glorias, la de arriba y la de abajo; y, entre ellos, muchas caras conocidas, ¡cómo que son de nuestra tierra!; destacándose, por su afabilidad, como en vida, la de Cervantes, que, purgado de pecadillos, cobra en gozo eterno el haber hecho gozar en cristiano al mundo entero; y entre centenares, la de nuestro Balmes, mostrándonos su «CRITERIO», a la vez que como trofeo de gloria, para echarnos en cara el no habérselo editado con letras de oro; y, rodeado de extraordinaria luz, otra figura, que llamaré, también, española, porque es tan universal que pertenece a todas las patrias, humilde hasta en la Gloria. y empeñada en seguir ocultando su personalidad, tapándose el rostro con un libro, que no es divino, pero lo parece, y en cuyo lomo se lee «La imitación de Cristo»... y... ¡basta ya, Señores!; completad vosotros el cuadro, que lo haréis mejor que yo. Fuerza es concluir, que estoy abusando del tiempo reglamentario, de vuestra paciencia, y, también, de mi garganta. Perdonadme: os ofrecí la brevedad, lo mejor que podría ofrecer, y no lo he cumplido. Espero que me perdonaréis, al reconocer conmigo, que el tema es sugestivo e inagotable, y fácil de internarse en él, con pena de abandonarlo. Reconoceréis, asimismo, que responde a emociones y afectos que nos son comunes, y, que en estos días, que malvivimos, repletos de dificulta-

des, en medio de todas las bancarrotas, con un pasado amargo de remordimientos y añoranzas, y un porvenir incierto, tan solo iluminado por un horizonte de fuego, no restan, sino muy pocas emociones capaces de sobrellevarlos; y que, después de las inefables del trato con Dios, y las que nos proporcionan la amistad forzosamente y la familia, seleccionadas, no restan otras tan nobles y tan puras como las que nos brindan los libros, relicarios benditos de las altas filosofías de las artes, de las ciencias y de las BUENAS LETRAS.

He dicho.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

DEL

**ILTRMO. SR. DR. D. FRANCISCO BLÁZQUEZ BORES**

DISCRETO DE COZUMEL

DE

ALTO SR. D. FRANCISCO BLANQUEZ

Es la quinta vez, Sres. Académicos,—a sabiendas íntimas de que no lo merezco,—que me veo aquí en la tribuna actuando en Junta extraordinaria de esta Real Academia; honor al que yo siempre hubiera rehusado, por convencimiento de la propia inferioridad, de no influir en mí, la reflexión de que pudiera tomarse a descortesía; que ya entonces, no me permitiría esta otra infidelidad médica, tan tentadora por otra parte como recreo y alivio del embargo del duro trajín, siempre asomado a la enfermedad y uncido al eco perenne del dolor humano. Que pesan mucho estas jornadas públicas de solemnidad receptora, llevando, la voz que abrumba, y la delegación académica de Corporación tan docta y prestigiosa, cuando se tiene conciencia, —y mi desconfianza a la par en mí—, de la altura del compromiso y la estimación de la propia modestia, que si una vez,—por acaso, o por inspiración de la Providencia compasiva para mi parvedad literaria,—puede salvarse discretamente una actuación,—robustecida, claro es con acopios de buena voluntad, más un esfuerzo bilateral que venza la propia cortedad y acentúe en vosotros asimismo vuestra indulgencia—, ya con la pertinacia actuante se corre el riesgo de una desarmonía que empañe el lustre académico con un fácil desentono de mi palabra.

Yo prometo Sres. para así contrapesar de mi reiterada y aparente osadía, no recalar ni fatigaros mucho con mi discurso; y ver de salir airoso compensando con la brevedad,

mi esta otra ingerencia, bien disculpable, cuando si acudo, lo hago por el compromiso de vuestro mandato, siquiera se vea aderezado con tantos visos de amabilidad. Fué mi primera intervención, tras la de mi ingreso, llevando la voz de esta Academia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Manuel Blasco Garzón. La ola de los embates revolucionarios y de las conmociones espirituales, truncan la senda de los hombres, acaso de buena voluntad, que allá lejos sufrirán el rigor del destino adverso y acá nos deparan un doble sentimiento de vacío y de piedad, al vernos privados de la valía de su concurso, y por tal motivo.

Volvió la Academia a investirme con su mandato, para que en su nombre yo contestara, —abrumándome más—, al discurso de ingreso del Padre Raimundo Suárez, el sabio dominico, gran filósofo y teólogo, que vino a realzar y engrosar el contingente de nuestras filas, con su recia cultura y los vuelos de su inteligencia soberana; y así conceptuado, como uno de nuestros valores nacionales más destacados e indiscutidos.

Fué otra vez, en la recepción de nuestro llorado compañero (q. e. p. d.) el Excmo. Sr. D. Manuel Siurot; aquel hombre fundamentalmente bueno, sencillo e insigne a un tiempo, que nos aportó con su colaboración estimadísima, el prestigio de un nombre, —que supo escalar las cumbres—, bien consagrado en las lides de la palabra y de la pluma.

Y hoy, héme aquí una vez más, obediente y sumiso, y ya,—casi me atrevo a deciros quedamente, al oído,—con mis propósitos de no reincidir, para tranquilizaros y en descargo de este mi abuso; más tan amables conmigo sois, que barrunto también hoy vuestra hidalga tolerancia, cabe el tibio regazo de estos recintos espirituales; bien confortadores por otra parte, cuando sopla el sino adverso



de los tiempos con las penosas sacudidas de un vivir inquieto; que harto se denuncia, pluralizando el signo de tanto duelo y tanta precoz nevada en las alturas, con vahos de melancolía y desgano que hieren y hostigan el ánimo, cuando ya fatigados de la caminata áspera, más disimulada que manifiesta, para no recalcar la queja; ¡que tanto se ayuda a amengüar ese ímpetu de las horas hostiles con el saboreo grato de la cultura, en esta fraternidad ambiental!

Hoy, —digo,—ocupo esta tribuna, —como cada vez de entonces,—para dar la bienvenida cordial y justiciera, —aparte de toda lisonja y de su valía cultural y social— a un amigo queridísimo; y, acaso por ello más impelido y empujado a este trance de ahora; como lo fui a los anteriores. ¡Ah! ¡Si la amistad fuera impedimento!, entonces al punto me hubiera yo redimido de los tales compromisos recusado por la fuerza del vínculo con todos ellos; que amigos bien admirados y queridos lo eran Blasco Garzón y Siurot; y es amigo y mentor de mi mayor estima, el Padre Suárez; y lo es asimismo muy querido el Conde de Aponte con quien me ligan afinidades vocacionales del arte y del espíritu, a más de otros afectos creados por mi profesión médica, y forjadores de una amistad no interrumpida ni empañada a través de varios lustros, lo que ha permitido poner a mi alcance y a mi captación, la cuantía y la calidad de sus merecimientos en sazón, velados y sin resonancia, porque los encubría una timidez indomable y desmedida, signada con el empaque tenso de casi un complejo psíquico de inferioridad que le dominaba y ayasallaba, retrayéndole de toda exteriorización pública. Tal se ofrecía al juicio externo y se encuadraba y catalogaba por los demás, la semblanza del ilustre sevillano cuya modestia vamos a herir, y hasta zaherir, —ca-

riñosamente por supuesto—; más así se justificará plena y ostensiblemente, el acierto que ha tenido la Academia llamándole a su seno, a colaborar con nosotros; y el que asimismo tuvimos los académicos proponentes, estimándolo bien capacitado para ocupar con toda holgura, prestigiándolo, el anhelado sillón corporativo.

Mas no es tarea fácil, y menos para mí, encajar en la brevedad de un discurso, la silueta y las características biográficas de este sevillano nato y neto, nuestro nuevo compañero, que ha llegado a la madurez de su vida y pisa el umbral de Academos tras una labor cotizable, perseverante y copiosa; calladamente y sin publicidad, por esa extraña,—casi patológica,—propensión al retraimiento, acaso influenciado por una estrecha concepción de sí mismo que hallaba su mejor solaz —con recato casi místico— en el refugio obstinado del anónimo; y desde luego, con un regateo de la auto-valoración de su yo, capaz de anular la más brillante ejecutoria. Y así le hubiera ocurrido por su voluntad, con su labor artística y literaria, negada herméticamente a la difusión; y cuya cuantía descubro yo aquí, violentando su avara modestia.

Se explica, la sorpresa que será para muchos, a medida que yo relate, —en síntesis obligada y por la abundancia y la calidad— y refiera aquí, el haber del Conde de Aponte, que bien se podría condensar en el valor de unos verbos, significando la variedad de aptitudes, y la calidad temperamental y estética; ¡y la idiosincracia, —rareza si quereis de carácter— de una personalidad no común! Leer, dibujar, pintar, modelar, encuadernar, tallar, coleccionar, fotografiar, viajar; ¡rezar! y... abstraerse en su consistente timidez. ¡Qué más! Pero para esta valoración personal hay que intentar despojarlo, casi violentamente, de ese atuendo de su modestia, —con harta frecuencia

refugio y gala del verdadero mérito— y arrancarlo de su apego a su torre de marfil, postura cómoda quizá, y hasta si cabe disculpable, ya que con ella se rehuyen las molestias y la saña de la crítica, no siempre moderada y piadosa, y para no sentirse envidioso ni envidiado, —clima plácido del mejor vivir—, y llegar sigilosamente, a la hondura de su obra guarecida en el secreto, donde, en el fondo de su recogimiento tenaz y placentero, allá en su mansión íntima, se descubre y se aprecia toda la gama de facultades de este nuevo académico que ha marchitado su juventud, y su madurez, imbuido las más de las horas en el remanso apacible de su biblioteca, surtida de más de 13,000 volúmenes, antiguos y modernos; y ricos incunables; con especialidad de libros de arte y de literatura, y donde descuellan los de asuntos sevillanos; bien leídos y releídos todos; y muchos de ellos marcados con acotaciones pertinentes, advirtiéndole, que no fué su lectura un paseo fugaz por las páginas, sino acopios de erudición a fondo, para así deducir el provechoso nutrimento espiritual y el merecido comentario. Sin contar, el sin fin de folletos, autógrafos, papeles y curiosidades, constituyendo un archivo de insospechado mérito y valía; siempre dispuesto al fácil alcance de cuantos quisieran consultarlo, en la atrayente y prócer estancia de tan repleta como hospitalaria biblioteca.

No por su amor a los libros, —su afición favorita—, descuidaba nuestro erudito compañero, el cultivo de las Bellas Artes, alternando así la lectura con alardes de hábil plasticismo, —otra faceta de su sensibilidad estética—. Y en el decurso de sus años, la gubia, la pluma o los pinceles, fueron también de su vocación y actividades, rehuyendo tantas otras tentaciones fáciles,—clima seductor de la juventud—, bien a su alcance, por el tono de su

posición social. Discipulo aventajado de G.<sup>a</sup> Ramos, —el gran pintor sevillano—, ahí están en acuarelas y óleos los aciertos de su pincel: paisajes del natural, bocetos y cuadro de acierto logrado. Copias de Mattoni y Murillo. Entre otros; de aquel: «La muerte de San Fernando»; y de éste: «La Virgen de la servilleta». Aún más: artífice de trabajos de talla y modelado; de vidrieras artísticas y encuadernaciones acabadas. Sin olvidar, que por su afición fotográfica, obtuvo y conserva una valiosa y extensa colección de vistas panorámicas, testimonio gráfico y artístico de sus viajes por Europa. Es además: Licenciado en Derecho, Consul, Caballero del Real Cuerpo de la Nobleza de Madrid, Infanzón de Illescas, Correspondiente de la Sociedad Geográfica de Lisboa...

Su producción literaria, —desde luego toda inédita—, es copiosa: mas de 30 volúmenes; novelas, poesías, esbozos y cuartillas con estudios de costumbres, sobre todo de motivos sevillanos; fruto deducido de sus lecturas intensas, de su agudo espíritu crítico y de observación, de su fina sátira, sal de la tierra, y todo ello revestido con el tono que le presta la calidad de su vena estética. Sin faltar tampoco, —para que no sea incompleta la mención de sus actividades—, traducciones y colaboraciones estimables; y hasta conferencias, cuando presidía la sección literaria de la congregación de San Luis; aportaciones artísticas a la Revista Ibérica; y su traducción de «The Human figure» del Inglés, también inédito como todo lo demás por supuesto.

He ahí señores, la hijuela, —recargada de méritos—, del Conde de Aponte; artista de vocación ingénua y nativa, a la que se consagró sin desmayo, con una labor, aunque muda, ágil y tenaz, desarrollada en la intimidad de su retrainimiento, —y de su ingravidez, valga la frase—.

Laboreo y fruto de una vida sustanciosa y variada, pese a su aparente monotonía, por ese enigma íntimo de un carácter, que no socavado por ambiciones, rehuía toda exhibición ostentosa. Pero así se acusa más y resalta, la evidente desarmonía entre sus méritos y la auto-poster-gación voluntaria de sí y de sus obras. Pero como vemos, no ha logrado el ostracismo amenguar, si acaso retrasar, la exteriorización subjetiva y objetiva de nuestro nuevo compañero, tan desavenido con la vanidad legítima de la difusión, digno remate a que tiene derecho toda obra humana que así debe ampliar sus empeños con miras al bien colectivo.

¡Sed bienvenido, Sr. Conde de Aponte, al seno de este hidalgo solar de las letras hispalenses, que os recibe con gozo, esperando mucho de vuestras aportaciones, rompiendo desde ahora con ese retraimiento inveterado que empaña y oculta una estimable y laboriosa producción!

Pero al fin le llegó su hora, y me ha tocado la suerte de ser pregonero de una labor personal, que conozco y admiro ha luengos años, por mi intimidad con él; y acaso por ello me ha tocado el honor, —y el compromiso también—, que yo acepté diligente; y en lo que cabe, complacido, porque así correspondía a lo que la amistad y el fuero de la justicia conjuntas demandaban.

¡Que bien merece ocupar un sillón en esta Academia y por derecho propio, el caballero sin tacha, tan amante de las tradiciones honrosas de esta tierra; siempre aco-piando libros, emborronando cuartillas, manchando lienzos, modelando, trazando dibujos, y coleccionando, y tallando y decorando, y leyendo de noche y día; en suma, laborando por nuestra cultura; por el patrimonio selecto de esta Sevilla singular, musa deleitosa de las artes todas, orlada por el Guadalquivir,—conjuntamente, río, emporio

y poema,—en la ruta inefable de las emociones más sutiles y tentadoras desde el confín de todos los tiempos.

\* \* \*

Poco puedo yo aducir, empero, de mi cosecha, y que no sea insustancioso y desabrido, —si acaso otro tópico vulgar,— para hacer el encomio de «los libros» como lo impone mi esta delegación académica, y en torno al tema tan cumplidamente desarrollado por el Sr. Conde de Aponte en el elocuente discurso que acabamos de oír y aplaudir; tema que ya mereció en esta Academia su loa en otra sesión, con el memorable discurso de D. Francisco Rodríguez Marín al contestar al de recepción de Don Carlos Cañal en 1899; pero no quiero que falte con mis palabras —ya que no pueda ofrecer algo más elevado,— la oferta cortés, siquiera sea de un comentario o de una ligera divagación crítica.

¡Los libros!: La trascendencia y la cuantía de lo que significan a través de siempre, en el concepto, en el ornato y en la dignificación humana, sobrepujan la tasa del más elevado adjetivo. Bien que luce y ondea su calidad sustanciosa en la prestancia de ese manjar predilecto del espíritu, con atracción y deléites singulares. Que en los libros se posa y recrea la eterna curiosidad, abributo selecto del ser que en ellos se ve complacida; y a la par del desfile de las páginas que nos asoman a los ambientes de la eterna tragi-comedia humana la imaginación se unge en perspectivas y nos traslada con andares súbitos a la resurrección virtual de otros días y otras edades, en ese incalmado anhelo de saber y conocer. Y apesar de la inestable e inquieta rotación del tiempo, que borra, o al menos diluye con su saña los acentos pretéritos, la sed y el ansia

del lector caminante se sacia, se refresca y se satisface con la lectura de los libros evocadores, de vastos panoramas espirituales, donde en ellos y por ello adquieren los acacimientos habidos en fechas remotas, con recatado tránsito, rango, perdurable y fiel, y más, con esa sugestión especial que tiene el sabor de los arcanos atesorado con inmensidad de tiempo y de silencio en los ringleros palpitantes de las anaquelerías, con su contenido de vida latente por las maravillas de la mecánica; así hasta la Santa Sede por boca de León X cuando hizo su aparición la imprenta, el inmortal invento de Gutemberg y Faust, lo calificó de don del cielo.

Dice Carlyle: «Que en los libros está contenido cuanto hizo o pensó la Humanidad». Las pasiones o virtudes inductoras del sesgo de los pasos del hombre. Su clamor vital. Todos los aspectos y rasgos de un entonces yacen cautivos, en las obras que perpetúan las esencias y directrices del orden social, político y religioso; los móviles, el motivo y el desarrollo de los acontecimientos y conflictos de un ayer humano —o inhumano— y que renace con fidelidad de colorido al conjuro de las páginas felices, en las que parece se estabilizó el movedizo trajín de los siglos. Es el libro, como un eslabón intermedio, que sirve de nexo con el pasado emocional, afectando el psiquismo del lector, educando y promoviendo hondas reacciones psico-genéticas.

Leyendo mucho y bueno se enseñorea el espíritu, donde prenden, manan y emerge un caudal de sensaciones de matices selectivos y tácitos que cautivan y subyugan por la fuerza de la pureza en la fidelidad retrospectiva; repercutiendo con justeza de imagen en las distintas gradaciones anímicas, que se avecindan, estancian y reaccionan, en la maravilla estructural de esos tejidos nerviosos de la

corteza cerebral, allá por los contornos de la circunvolución de Broca; y en el centro de la asociación de las percepciones ópticas de la escritura, según los trabajos de Wernicke, y que Gener sitúa en la segunda circunvolución frontal izquierda. La Lectura, como estrategia de erudición, convida a divagar: sea por el área de las reflexiones humildes y vulgares, de mero pasatiempo intrascendente, sea por la vastedad compleja de las elevaciones doctrinales posadas en los libros donde seestean con reposo inestable; y que se desperezan y exaltan con la tarea fecunda de la lectura, venero inagotable que nos empuja, ya por el cáuce alegre o festivo —sin complicaciones mentales— de las páginas recreativas, o por el seco y hasta severo quizá de la meditación filosófica o de las elucubraciones científicas.

Son las bibliotecas —¡ese viejo y amoroso estante de recóndita seducción, cobijo deleitoso de sabiduría!— como un muestrario de cambiantes y reflejos, o excitantes psíquicos que se escancian de sus obras, para paladeo y regusto al eco del espíritu que anida en las páginas profundas y galanas; sobre todo, cuando además se ofrecen, vestidas con la excelencia de la rica prosa castellana, exhuberante de léxico, abundante y surtida de vocabulario, para poder definir y precisar cualquier estado anímico; todas las conmociones espirituales; y describir con soltura y holgura desde los vagidos infantiles hasta el último suspiro; todo el ciclo de las andanzas y las sombras medrosas del hombre que fué, que retrasponen así las fronteras del olvido, como si renacieran y recobraran nueva naturaleza y notoriedad de presente. Procesión de imágenes cautivas apostadas desde otras centurias que reviven lozanas apesar de las lejanías operantes y actoras.

Páginas dormidas con sueños de eternidad, donde se

estabilizaron y se plasmaron las ideas matrices, mas donde la memoria infiel halla su recurso fiel y el provecho de sus lecciones por el influjo gentil de la palabra escrita.

Se puede conceptuar, — pese a posibles impurezas retóricas—, que es el Libro, y más con la fuerza y cohesión que le presta el lenguaje, destello caudal de la inteligencia, el factor integral de la vida más contundente y efectivo, refugio del más cuantioso acerbo mental, signo y medida de distinción nacional, —sus incunables y códices y clásicos—; y hasta timbre de orgullo cimero de un país y de una raza, cuando en una portada gloriosa se puede ostentar a la faz de la posteridad, con admiración y actualidad perennes: sea el «Quijote de la Mancha» en las lides étnicas y profanas del humanismo; o sea la Biblia, con sus páginas sacras y eternas.

Es, que con los libros se ensanchan y se extienden los horizontes de la vida hasta singladuras de remotez e infinitud, abarcando desde las auroras progenitoras hasta los confines de su ocaso. Toda la parábola del biologismo integral. El ayer lejano pierde sus incógnitas y se reviene casi intacto y redivivo, con el hálito sutil de los sentires de las generaciones que lo prestigiaron o escarnecieron; y la actuación, la briega y el cariz de las gentes que lo conformaron, urdieron o tramaron. Ellos nos permiten conversar gratamente, en deliciosa ocupación —y a la hora de nuestro antojo;— pudiendo entablar diálogos que animen nuestras soledades y satisfagan nuestra curiosidad; con amigos, como dice Cajal, ¡los únicos! que no pueden ser desleales y que no murmuran, con ni sin recato, después de la charla.

Ese caudal de recursos del idioma sin par, de castiza estructura, tan surtido de vocablos y giros y frases justas y precisas para poder dar al escenario y a los actores, co-

lorido, calor y alientos de vida; e identificarse y copiar hasta la armonía, y el paisaje y la poesía de los ámbitos; y poder dibujar y descifrar los misterios, las facetas y hasta los contornos sin contorno del alma misma, si cabe la hipérbole. Así parece, —a ese conjuro—, como que se perciben en la soledad solemne de la biblioteca, a un tiempo mismo: ecos de palestra o ágora; plegarias de templos o cenobios, luz de bienandanzas y halagos místicos; rumor de clarines de guerra; suspiros de nupcias, o vahos pasionales de amórios; hipar de duelos y sonos funerarios; narraciones, jornadas, consejas y decires; susurros de estancias hogareñas; dramas y escenas y estampas y poemas de todos los matices ideológicos con fidelidad descriptiva; ¡la historia en fin del hombre!; el carácter y el matiz de los tiempos fenecidos, con sus etapas, de esplendor o decadencia o corrupción. ¡Todo y todos los estados pasionales y anímicos, donde se rinde absorta la avidez del lector predipuesto. ¡La vida de un pasado que discurrió en las lejanías remotas y revive y retorna por obra de los desfiles gráficos articulados en armazón de líneas impresas, inundando con su simetría los racimos de las hojas de papel, que adquieren semblante y categoría actual merced a ese mecanismo o proceso psico-fisiológico de la palabra escrita para llegar a convertirse en idea. Bien explicado gráficamente con el clásico esquema de Charcot, donde se muestra la coordinación íntima de los sumandos dispares, el libro y la mente, confluyendo al centro cerebral de la ideación, las imágenes visuales o gráficas, en traslación centripeta a través de las conducciones y reflejos sensoriales. (Y no más sobre este punto, que nos desplazaría de nuestro propósito de brevedad, y que está al alcance de la curiosidad en el hermoso libro de Charcot «El lenguaje interior».)

Así asentados frente al espectáculo informativo que surge de cada libro, —si la destreza guió la pluma—, se asiste al desfile ambiental y fidedigno de un pasado imperecedero, en un viaje que nos transporta y acomoda en el ayer remoto queriendo retar y vencer el agobio de las distancias; advirtiéndolo, mostrando y alumbrando con llama inextinguible el linaje secular de la humanidad, y de los acaecimientos pretéritos.

Con un libro pertinente entre las manos y ante nuestros ojos sedientos, se diluyen las nostalgias; parece, que oteamos, compenetrados con la mente inspiradora, en confines y hallazgos de otros seres, de otras trazas y otras costumbres; como transportados en súbito vuelo, y así, nos vamos asomando, descubriendo y contemplando un sin fin de panoramas imaginativos, que no respetan ni los mismos parajes de ultratumba o del limbo, por obra de la fantasía creadora que dictó, y de la mano obediente que fué escribiendo al compás de la fluidez del pensamiento, sin preterir el realismo más veraz que es la esencia emotiva y el fundamento de la estimación bibliográfica y de su resonancia como nutrimento y gala mental. Esa *MEDICINA ANIMI* de Diodoro de Sículo, o el *NUTRIMENTUM SPIRITUS* que campea en el frontispicio de una biblioteca famosa.

Si acertamos a dialogar con el libro predilecto—, que hasta tiene valor terapéutico—entonces, las páginas son sedantes que se ofrecen al espíritu rebasando toda ponderación. Es el confidente íntimo, que sabe ahuyentar y aliviar nuestras horas de tedio, disipando el embargo de las pesadumbres al eco de los pasajes placenteros. Es el libro, el enemigo y el contrapeso más certero y seguro—, y el menos gravoso—, del aburrimiento. La mejor fórmula médica, para tantas horas acerbadas e inhóspitas.

El amigo desinteresado que ni adula ni lisonjea jamás.

Se lee muchas veces, para ver de libertarse o desasirse del mundo real y del momento ingrato, mudanza grata, cuando el sesgo afectivo que se vive atosiga con su acritud. Y nos sirve de consuelo, y de consigna, si es un libro de nuestra fe acariciadora; si son páginas de esperanza, nos recrea y nos alienta; y nos conforta y deleita si son ecos de caridad y de amor. Por obra de la lectura concentrada, acontece, como que se ahuyentan las preocupaciones de tantos problemas que nos cercan con el tropel de sus inquietudes, y entonces, —al menos—, se logra una evasión, aunque transitoria, de nuestro yó que se desplaza gozoso de la realidad de su hora triste, diluyendo los pensamientos hoscos, en el yó agradable y placentero, provocado y promovido en el alma, ávida del regusto de las sensaciones gratas, por el paladeo de unas páginas pertinentes y oportunas. Y hasta por los libros donde se apacentó y educó un espíritu, se puede conocer la calidad mental de una persona, —como dice Rodríguez Marín: «dime lo que lees y te diré quien eres». A t l punto sube el rango selectivo de las lecturas.

Y cabe que se consideren, en fin, —depósitos comunales e inmarchitos del saber humano; de su experiencia acumulada—, como puentes tendidos, que no solo sirven de enlace entre el ayer y el hoy, sino que en virtud de las maravillas neuro-psíquicas, establecen sendas corrientes ideativas: entre las ideas latentes en el libro, y las que con su lectura rebrotan en la mente por obra del complejo circuito que se inicia con su saboreo y se completa con la traducción mental de la palabra escrita; pudiendo asistir voluntariamente a la perduración de lo que sea más grato a nuestros sentidos; al alumbramiento de una existencia y subsistencia más suave y benigna de tono, con una

traza, si nó real, aparente, pero capaz de llegar a investirn-  
nos de cierta ilusión de perennidad humana o inmortalidad—¡relativa claro es!—atrapando el perfil y el sumando de un cómputo lisonjero. Como un grito de rebeldía contra el destino finito. Pugnando por triunfar hasta del abismo del más allá, por virtud de la obra consultada y de la diáfana visión, al intercambio que se concierta, entre la mente del lector, y la emotividad circundante en las páginas inefables.

Yo médico, sobre todo, no me puedo substraer a la tentación de mi ingerencia profesional, y así con ello se atenue mi posible desentono, terciando con contumacia imperdonable en estas lides profanas; y buscando a tal respecto, con mi aportación terapéutica, el beneficio de los consejos de la desinfección, ¡mi receta médica! para ver de prevenirnos, mas que de las bibliopatías, del riesgo morboso que puedan propagar los libros. Me refiero, no ya al peligro trascendente de las lecturas perniciosas o inmorales, sino al de esos otros agentes patógenos que pululan y se estancian en las hojas de papel impreso, (materia orgánica al fin) y cuya transmisible virulencia pueden conservar durante cierto tiempo, convirtiendo al libro en un vehículo de fácil difusión de ciertas enfermedades, y más, con ese manoseo indispensable para su lectura; y hasta aspirados con profusión los gérmenes peligrosos, en esa vecindad —tangible— con los lectores; ¡y no hay que decir, cuando se pasan las hojas con los dedos insalivados, una y otra vez!, y a la par que se busca en las páginas la distracción, quizá para el tedio de una enfermedad, o de su convalecencia, se cae en el área propicia y en la sede morbosa de otro más solapado e insospechado patologismo.

No he de hablar del peligro de los enemigos entomo-

lógicos de los libros, tan admirablemente descrito por el Dr. Gimeno en su discurso «La patología del libro». Para conocimiento y protección de la salud de los bibliófilos y bibliómanos, me voy a concretar, someramente, a exponer las precauciones profilácticas que conviene observar, sobre todo con los libros viejos y usados que pueden ser más fácil vehículo de enfermedades contagiosas. En la literatura médica se relatan, los más frecuentes y posibles contagios: el del cólera, hoy ya casi desterrado; el de la difteria; el del tifus, y el de la tuberculosis; con resistencia para los gérmenes, que oscilan, de dos días a cuatro meses respectivamente, y apareciendo el temido bacilo de Koch,— y que no hay que desoirlo—, como el que más tiempo conserva su virulencia. Como ejemplo, bien elocuente y gráfico a ese respecto, elijamos entre tantos otros, aquel, casi de matiz romántico, de cuando sabe instalarse,—con preferencias del dichoso germen, acentuando su peligro difusor,—, en el ambiente propicio, sonriente y juvenil, donde laten quizá los arrebatos pasionales de aquella adolescente de mejillas sonrosadas por los pétalos de la fiebre, que en el lecho conlleva el falso y piadoso optimismo —mueca de esa sonrisa, ténue y desvaída, que caracteriza la tan cruel enfermedad—, y halla el recreo de sus horas lánguidas y aburridas, y el desahogo y la calma de sus impulsos cálidos,—tal vez exageraciones sentimentales—en aquel predilecto libro de versos y de amores. ¡Buen vehículo de contagio, donde se habrían ido posando las oleadas de gérmenes, que fluirían copiosos de su boca anhelante, al ritmo de la disnea y de la tos incoercible, cuando manoseaba, contaminándolas así, las páginas de poesías, con ese afán deleitoso e inconsciente de esos enfermos; con un ansia, patológica, que es la musa agridulce de la tuberculosis.

Marsoulan aconseja, —y es el procedimiento usual,— que la desinfección puede hacerse, previo el desempolvado del libro, por una corriente de aire, sumergiendo después el margen libre de las hojas y tapas en una cubeta con una solución alcohólica de formol al 40 ‰. que no perjudica al papel. También el calor seco a elevadas temperaturas. Y aún más barato: por la acción del sol, el gran depurador de la naturaleza, a cuya intensa acción no resiste la frágil vida microbiana, cuando es certera la proyección helioterápica sobre los medios contaminados.

Salvados los peligros morbosos, —los del espíritu y los de la materia,— que anidan en ciertos libros, hemos de proclamar una vez más, y como síntesis y resumen, la maravilla de la palabra escrita, siempre atenta a la severidad del moralista, más donde la Iglesia, la Universidad y la Escuela, dieron refugio eterno y sucesorio a las doctrinas. La religión, las ciencias, y las artes; y las leyes, y la vida toda, hallan en el tesoro acumulado de las páginas, las lecciones fecundas y provechosas; la suma de desvelos, estudios, sensaciones y sacrificios de la humanidad apostada en el tránsito de los siglos, para cultivo de la mente insaciable, con el tono y el giro de sus inquietudes.

La mejor gala de la civilización y el más rotundo triunfo de la inteligencia, que halla el acomodo impercedero de las ideas en ese anaquel selecto y sustancioso de las bibliotecas, moradas donde se ensancha el espíritu y se ofrece su aliento y su pasatiempo bienhechor al hombre, que allí encuentra el mejor recreo y beneficio para el monótono transitar de las horas, que diluye así su tedio con ese bálsamo sabroso y confortador de la lectura, en ofertas de tan recio y puro linaje para la avidéz mental; escanciándose de unas hojas de papel, donde yacía latente, el susurro inefable de otros tiempos y otros sentires,

2.403

conmovidos al conjuro seductor y mágico de los libros en la inmensidad coordinada de las letras y las palabras, grabadas con la imprenta, el florón más sublime de la humanidad y la enseña más enaltecida de su rango biológico y el magno trofeo de la alcurnia del hombre civilizado.

-AN  
-LI  
-SEV



